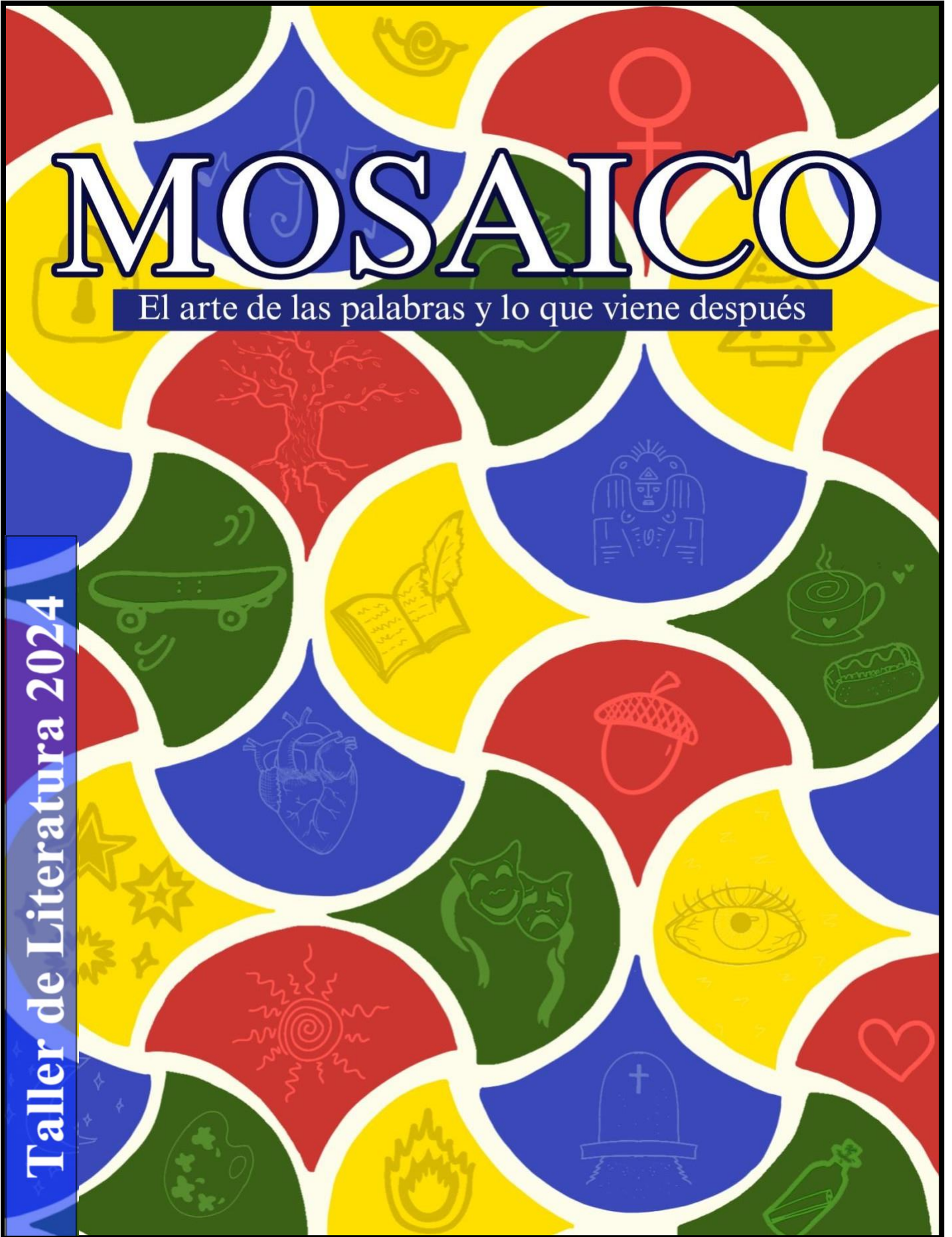


MOSAICO

El arte de las palabras y lo que viene después

Taller de Literatura 2024



Taller de Literatura 2024

ANGÉLICA COLOMA

JAVIERA DURÁN

FRANCISCA SZOT

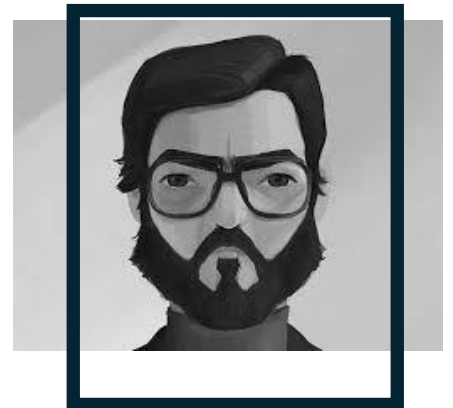
GABRIELA CASTAÑEDA

TRINIDAD MARTÍNEZ

ISIDORA DÍAZ

FLORENCIA SAAVEDRA

CATALINA SEPÚLVEDA



Profesora Electivo: Priscilla Armstrong R.
Ilustración de portada: Javiera Durán, III Medio A.
Ilustración intermedio: Trinidad Martínez, III Medio B.

Las ilustraciones de los textos corresponden a imágenes extraídas de Internet y modificadas.

La divulgación de esta revista literaria está dirigida a las alumnas del Ciclo Superior (comprendiendo los cursos de I, II, III y IV medio), además de profesores, administrativos y apoderados del Colegio Del Sagrado Corazón Apoquindo.



*Para mis queridas alumnas
del Taller de Literatura 2024.
Gracias por las historias que
compartimos y por dejarme
guiarlas en la belleza de la
escritura.
Y no dejen de escribir ni de
leer...*



PRESENTACIÓN

ARTE POÉTICA

Que el verso sea como una llave
que abra mil puertas.
Una hoja cae; algo pasa volando;
cuanto miren los ojos creado sea,
y el alma del oyente quede temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;
el adjetivo, cuando no da vida, mata.

Estamos en el ciclo de los nervios.
El músculo cuelga,
como recuerdo, en los museos;
mas no por eso tenemos menos fuerza:
el vigor verdadero
reside en la cabeza.

Por qué cantáis la rosa, ¡oh poetas!
hacedla florecer en el poema.

Sólo para nosotros
viven todas las cosas bajo el sol.

El poeta es un pequeño Dios.

Vicente Huidobro, chileno.

Estimados todos y todas:

Puedo decirles que hacer el Taller de Literatura de III Medio es una de mis actividades más satisfactorias, pero más desafiantes. Siempre me pregunto cómo abarcar tanta maravilla literaria en una asignatura de un año. Y siempre mi respuesta es la misma: no se puede, pero sí puedo tratar de mostrar lo que a mí me ha deslumbrado y acompañado en mis años de lectura y estudio, compartiendo con ellas a quienes, por la vívida representación de temas universales, técnicas estéticas y un sinfín de genialidades, han trascendido hasta nuestros días siendo alimento y compañía para nuestra cotidianeidad en el mundo.

Y luego de leer, también jugamos a ser dioses de nuestro mundito inventado, tal cual nuestro Huidobro propone en su Arte Poética. Un juego que libera sentimientos, que nos conduce por senderos experimentales, un juego que nos hace seguir las huellas de temas y estilos de los grandes poetas, narradores y dramaturgos.

Es por esto que encontrarán aquí de las más diversas temáticas: el terror y lo macabro de Poe, la poesía de Wilde, la irreverencia de la Bombal, la revolución de Dylan, las ficciones de Zambra, lo fantástico de Cortázar, las narraciones enmarcadas de Cervantes y tantos más. Y por favor no se espanten; todo forma parte de la escritura artística, de la travesía del descubrimiento, la mixtura de técnicas y de los sentimientos y temáticas que nos atraviesan como humanidad y que hemos ido leyendo a lo largo de este año.

Así es que adelante, sean bienvenidos a pasar a este taller y leer desde sus propias mentes lo que 8 de nuestras alumnas encontraron en la constante, salvadora y esperanzadora compañía que significa vivir cerca del hermoso arte de la Literatura.

Priscilla Armstrong R.
Profesora Taller Literatura 2024.
Ciclo Superior.

Estimado lector:

¿Se ha cuestionado al tomar esta revista el impacto de su decisión? Disculpe la impertinencia, pero nos parece que antes de comenzar, deberíamos dejarle claro en lo que se está metiendo. Esto se trata de un pacto, un acuerdo o si se lo quiere, de una conversación. Por razones que nos son desconocidas, ha decidido dedicar parte de su tiempo a leer esta revista; a ser testigo de lo que nosotras a nuestra vez hemos dedicado tiempo en escribir. Pero estas páginas no son una mera transacción, si no por el contrario, un trabajo en común. Si decide continuar, se convertirá en la pieza faltante de nuestra obra, en el receptor de nuestras palabras, nuestras ideas y de lo que hoy reconocemos como parte de nuestro ser creativo. Pasará a formar parte de una experiencia; nos regalará una parte de su vida para hacerse partícipe de la nuestra. ¿Se atreve?

Pues bien, usted sabe leer. Eso es un hecho ¿pero qué significa? ¿cuáles son sus implicaciones? La RAE define el acto de leer como “interpretar, mentalmente o convirtiéndolos en sonidos, los signos empleados en un texto escrito, utilizando para ello la vista.”. No pretendemos darnos aires de importancia, pero creemos firmemente que esta definición se queda corta. Participar en este Taller de Literatura nos ha demostrado una y otra vez que leer no es algo que ocurra sólo con los ojos, sino que es una colaboración entre los sentidos, la imaginación y el corazón. De ahí que la efectividad de la educación a lo largo y ancho del mundo se mida a través del alfabetismo; a través del acceso a la herramienta fundamental del aprendizaje que es la lectura. Gracias a ella descubrimos nuevas miradas y nuevos mundos, que nos permiten configurar en nosotros mismos a seres humanos más cultos y dispuestos a aprender. Ya sea por medio de la prosa de Poe, Cortázar, Bombal o Wilde, la Literatura nos acerca a aquellas cosas que a la experiencia se le escapan y eso es lo que la hace tan poderosa y peligrosa, lo que la convierte en fuego como diría Vargas Llosa. Lo que está escrito queda para siempre y aquello que se lee se recuerda; se queda con nosotros. En este caso, estaría usted accediendo a portar un pedacito de nosotras, de 8 mujeres que de la vida saben poco y nada, en su interior para siempre. Eso es todo lo que podemos ofrecerle: nuestro mundo, nuestras letras.

Ahora que usted como lector ha tomado conciencia de lo que está a punto de hacer, es hora de presentarle la gran inspiración de esta revista: el arte. Quizás a usted este le parezca un concepto ambiguo y pretencioso, pero es por lo mismo que nos ha permitido desplegar las alas sin limitaciones. No buscamos encontrar la verdad absoluta sobre el arte ni alcanzar un propósito último que se nos escapa de las manos, sino a través de cada uno de estos textos poder transmitirle un poco de lo que el arte significa para nosotras y de la liberación que viene con el proceso de la creación. Nuestra obra pasa ahora a ser suya. Puede odiarla, criticarla o celebrarla, pero por favor haga algo con ella. Háganos saber que ésta existe más allá de nuestra cabeza, más allá del papel.

En fin, a través de este taller hemos podido ir descubriendo, día a día, semana a semana, aquella escritora atrincherada y escondida dentro de cada una de nosotras. Los

textos que aquí presentamos combinan en sus palabras todo aquello que hemos vivido, sentido y escuchado. Guardamos un poquito de todos los autores que hemos leído y de todas las ideas que estos nos han transmitido; de ahí que esta revista reciba el título de Mosaico. Este también viene a significar que en estas páginas se aloja una pincelada de todo lo que escribimos este año, un mosaico de este Taller de Literatura y de todo lo que discutimos. Con nada de esto pretendemos ser originales, pero sí genuinas y por eso es que de todo corazón, le agradecemos a usted, estimado lector, el ser parte de este camino. Ya es hora de que nuestras palabras vuelen más allá de las cuatro inestables paredes en que fueron escritas; ya no son nuestras, sino suyas. Lo que venga después está por verse.

Atentamente,
Taller de Literatura. Noviembre 2024



40175

Se está haciendo de noche y Paula está evitando cumplir con sus responsabilidades como siempre lo ha hecho. Cocina galletas y mientras amasa con suavidad evita caer en el pensamiento de lo que realmente debería estar haciendo: su trabajo. Paula es una editora independiente y tendría que estar ajustando un video publicitario para una empresa de útiles escolares, cuya fecha de entrega es para el trece de agosto; le quedan tres horas.

Mete las galletas al horno y se dirige a su pequeña sala de estar a editar. Su trabajo consiste en acomodar imágenes llamativas en movimiento sobre unos niños que prueban los nuevos útiles que está lanzando la marca que la contrató, usando una música específica y agregando el respectivo precio de cada útil escolar. Al ver esto último Paula agradece no tener hijos, pues seguramente le pedirían mil y un materiales para arte, tal como ella lo hacía con su madre; Paula siempre fue una artista.

Perdida en sus recuerdos de joven, hace memoria de su hermana menor que solía grabar videos de ellas dos pintando. No eran los videos mejor ejecutados, pero una necesidad de verlos traída por la nostalgia hace que el trabajo de Paula pase a segundo plano y que empiece a buscar entre sus archivos esas valiosas cápsulas del tiempo que con solo presionar un botón te sumergen completamente en la época a la que pertenecen. Entonces ahora Paula es Pauli y se encuentra intoxicándose a consecuencia de estar pintando con óleo y con la ventana cerrada por el frío de la estación, es pleno invierno y el cielo se cae. Se escucha la voz de Lucía, su hermana, quejándose. Dice que se va a desmayar si sigue inhalando tantos químicos, pero Pauli está demasiado inmersa en su pintura como para prestarle atención a su hermana.

La magia del video se pausa, hay un olor que no calza y no es el del óleo sino el de las galletas que se han quemado. Acto seguido se dirige a la cocina y se da cuenta de que las galletas no solo se han quemado, no, se han rostizado, de manera que ahora está frustrada y con ilusiones rotas; realmente quería comer galletas, pero era de esperarse. Paula nunca fue muy buena para la cocina, Pauli tampoco; no le queda más opción que salir a comprarlas. Se envía el video a su teléfono para seguir viéndolo en el camino, conecta el cable de sus audífonos y se pone su chaqueta de cuero favorita -que por cierto- está manchada con óleo, y va directo a la tienda rezando para que siga abierta a estas horas. Su tienda favorita, efectivamente, no está abierta pero encuentra una bencinera a la vuelta que la salva de su feroz antojo de galletas. El lugar cuenta con sillas y mesas donde Paula se puede instalar y continuar con el video.

El ángulo ha cambiado, Lucía se ha recostado en el piso de alfombra que tiene la habitación, sin parar de grabar, y se puede ver a Pauli esparciendo pinceladas de tonalidades frías de forma agresiva en el lienzo. Su hermana le pregunta la razón de esto y ella no contesta, solo sigue arrojando pinceladas. Cuando finaliza su pintura le dice a Lucía que se sienten apoyadas contra su cama a hablar. La cámara se queda apuntando a la pintura y solo se escuchan las voces de ambas.

Lucía se queda admirando la pintura. Pauli le cuenta una pesadilla de su infancia, que no la dejó dormir en paz por mucho tiempo, hasta que un día simplemente dejó de aparecer en sus sueños. Parece ser que Lucía se fija más y más en la pintura y le menciona a Pauli que no sabe si las cosas que está viendo son producto de los químicos que desprende el óleo o del sueño, ya que se ha hecho de noche. Dice que ve cómo en la pintura esas pinceladas azules y moradas comienzan a ser difusas, las ve en movimiento; casi.

Es mediodía y Paulita se dirige a la cocina a buscar algún alimento, el que sea más fácil de abrir. No alcanza la estantería, por lo que tiene que buscar a alguien más alto que ella, alguien que tenga el poder de conseguir lo que quiera sin tanta dificultad, no como ella que apenas alcanza el lavaplatos en puntitas de pie. Es mediodía y Paulita no encuentra a nadie, está sola en su casa y eso la abrume, piensa que algún extraño puede entrar a su casa y hacerle algo. Es mediodía y Paulita ve cómo sus miedos se hacen realidad: acaba de escuchar que tocan el timbre de una manera no muy amigable. Es mediodía y Paulita ya no tiene miedo, cree. Quien toca el timbre es un rostro familiar, un rostro que ya ha visto otras veces en su casa. Es mediodía y Paulita está en su pieza, le han alcanzado comida y está feliz. Es mediodía y Paulita se encuentra acompañada, le agrada estarlo finalmente. Es mediodía y Paulita se duerme para al despertar solo ver de cerca los ojos llorosos de su madre. Es mediodía y Paulita escucha gritos dirigidos hacia esa amable persona que le había dado comida. Es mediodía y Paulita siente dolor en su estómago; como un desgarró, cree que es el estómago porque no sabe muy bien todas las partes del cuerpo, eso no se lo han enseñado aún. Es mediodía y Paulita no entiende nada de lo que pasa. Es de noche y Paula está llorando, y sigue sin saber lo que pasa.

Javiera D.



Luz prendida

Cuando yo pequeño era, usaba la luz como refugio. Me protegía de aquellos monstruos, aquellas pesadillas, aquellas pisadas que venían anunciadas por la noche. La noche... ay, la noche. ¿Cómo he de describir dicho temor? El temor de aquellas repentinas presencias.



Mi sueño se desvanece momentos antes de que aquel ser desconocido, ser fabricante de escalofríos y estremecimientos, descansa en el costado de mi litera. Siento su peso, no lo veo. La oscuridad en la que me encuentro sumido desespera. Mis movimientos apresuro, así logro iluminar mi habitación; alcanzar la protección que ante mí revela, la sensación de seguridad e inseguridad que me invade de pies a cabeza. Como si la ventana estuviera abierta y la estufa se hubiera apagado hace un cuarto de hora, así me siento. Con la luz prendida no lo veo, pese a tal afirmación percibo que se encuentra algo; algo que en mi mirar no se muestra. Pero con mi espalda tensa lo siento, mis manos sudorosas lo notan y con mi respiración quebrantada lo advierto.

Tal como el crío ingenuo que solía ser, me resguardo bajo los lirios de mi lecho, aún presenciando la luz artificial que me protegía. Tal como el niño abandonado, mi único amparo, en las temibles noches de efímera soledad; de pasos sin rastro y toques sin huellas, era ese fulgor, esa luz capaz de brindar seguridad, seguridad habitualmente escasa en mi lugar.

Tal que así inmóvil me quedo, como río en su cauce no cedo. Diez minutos, quince, no, veinte y me asomo, me asomo para demostrarme que hay soledad absoluta. No hay nadie, me aseguro. Es solo parte de mi manía, me lo digo, porque aunque dudo.

Hace años que tal ser desconocido no se manifiesta en la madrugada, hace años que dejé de percibir la lámpara como mi apoyo por la noche, hace años la tengo olvidada. Y como siempre que daba vida a mi pieza con mi única compañía, tales monstruos, tales pesadillas, tales pisadas dejaron de existir, y como la calma que consigue poder persistir, por fin puedo dormir.

No sabía por qué mi casa se veía tan desconocida, tan lejana, en este nuevo día. Dormir con mi compañía viva decido. Pasar la noche sin noche es lo que tengo entendido.

Abro los ojos nuevamente en medio de la velada. Nuevamente mi espalda tensa se manifestaba, mis manos sudorosas se presentaban y mi corazón fuertemente palpitaba. Mi mente nublada confundida estaba, todo mi cuerpo entumecido que no debía de estarlo, me anunciaba lo que prefería no haber notado.

Debajo de mis sábanas enseguida me encontraba. Me sentía traicionado ¿por qué si siempre funcionaba ahora no se ha logrado?

Aún divisaba el alumbrado de mi cuarto y no entendía por qué seguía escuchando, las pisadas de tal ser inhumano. Grito ahogado cuando advierto su posar a mi lado.

Me veía desolado, mi única compañía me ha abandonado y esa antigua mancha oscura que pronto se tornaba en sombra, hallaba su lugar junto a mí, despojándose del temor de aquello que la alumbra.

Trini Martínez.

De casas y ojos

Me siguen. Los ojos. No puedo sino aceptarlo e intentar seguir adelante. Acurrucados en su manto me abrazan, pero incluso amparado en la luz no puedo deshacerme de ellos. Jamás me soñé soldado, pero siento cómo quieren que me una a ellos; mi pecho se hunde en el afán de por fin confesar mi derrota y abrir el alma. Dejarla volar; el cielo sabe lo que ha sufrido en su efímera existencia. Tal vez debería recostarme. Mas en esta casa no encontraré descanso alguno, lo sé. Porque me ven, me siguen. Los ojos, digo. Loco estaría sin duda al pensar que alma terrenal más que la mía propia pondría pie en mi suelo, por cuanto es mío. Pero a los que observan mi voluntad los trae sin cuidado y me pregunto qué agitaría su mirada. Alguna vez me ordené cubrir todas y cada una de aquellas espantosas efigies y así instarme a olvidar, pero nunca fui bueno en eso. Siguiendo órdenes me refiero; ni siquiera las mías. Aunque olvidar tampoco se me dio bien nunca, será por eso que me niego a cubrirlos. Cierto es que resulta irracional querer hacerlo, ¿qué daño podrían infligirme? No sabría cómo explicar mis razonamientos a terceros. Pero bien sé que no tengo que dar explicación alguna por lo que sucede en mi hogar. ¿Explicar a quién, de todos modos? A nadie. No hay nadie más que yo mismo, ahora. Yo y los ojos, claro. Esos ojos que me siguen. Suspiros ácidos y sollozos ahogados plagan el aire. No, definitivamente estos retratos aberrantes son mejor compañía que la anterior. Aunque no hacen más que seguirme. Los labios se les retuercen con crueldad. O miedo, ya he olvidado cómo se distinguían. Pero no puedo descansar, aunque me hunda en el olvido. Las ventanas las mantengo tan abiertas como puedo, no sea que el hedor del pasado llegue para quedarse. Pero las cortinas las mantengo cerradas, no quiero saber qué ocultan las sombras. Una casa oscura. Un joven con mi rostro lo habría pensado antinatural, pero nada me parece natural ahora. Como sea, insisto, no debo recostarme. No podría dormir, o tal vez lo haría cómodamente y eso sería tanto más devastador, ¿quién sabe cómo me mirarían entonces? Con desencanto tal vez, de no poder charlar. Aunque no es que hablemos, precisamente. Sólo me siguen. Esos ojos. Y sus bocas torcidas, más mueca que sonrisa, crujiendo al son de las tablas del hogar. Que momentos aquellos en los que confundo los estremecimientos con compañía ¡y qué alivio me brinda la noticia de mi soledad! A mis acompañantes les agrada de igual forma, pues con cada crujido se ven tan atemorizados como yo de ellos. Aún así, no puedo escapar y ellos deben sus suspiros a los míos; encadenados nos vemos aquí, sujetos a esta casa. Por honor o miedo, lo ignoro. Pero mi voluntad no mermará y por lo mismo, no dormiré. No dormiré jamás, hasta que dejen de reír, hasta que esos ojos se cierren, y entonces, sólo entonces, sobre el lecho de mi victoria pereceré al fin y mi alma se librará como mi cuerpo no puede permitirse. Huirá cantando de esta casa, y por vez primera, aquellas siluetas siniestras me soltarán, me dejarán ir. No me podrán seguir, entonces, esos ojos.



M.G.C.C.

Sabor a mar

Cuando uno es niño, la playa permite comportarse como si el verano fuera eterno y el mar un viejo amigo de caricias suaves. La posibilidad de peligro existe sólo para los inexpertos; jamás para aquellos conocedores de la bahía, las corrientes y el temple del océano. ¡Cómo olvidar aquel océano! Sin importar cuántas veces sus olas nos revolcaran o se colara el agua en nuestros pulmones, siempre nos dejábamos arrastrar por la resaca de vuelta hacia adentro. Una última zambullida, una ola para terminar, unos minutos más buceando. *Sólo un poco más de verano, por favor.* Y aunque los niños que fuimos hace tiempo ya no existan, seguimos regresando al océano todavía.

Los chicos éramos portadores de una vitalidad solo accesible para aquellos dispuestos a acercarse a nuestro mundo; el precio era ser salpicado por el agua salada y arena que sin darnos cuenta salía disparada durante nuestros juegos, directamente en los ojos y boca del resto de los bañistas. Recuerdo que nos turnábamos para disculparnos, y mientras lo hacíamos manteníamos la cabeza abajo, aguantando la risa detrás de nuestros dientes apretados. Además de meternos en problemas, corríamos, explorábamos y nos veíamos crecer los unos a los otros lentamente detrás de las sonrisas. Lo pasábamos en grande; la playa era nuestro santuario y el verano algo que nos pertenecía. Nadie se imaginaba que uno de nosotros podría ahogarse.

Sucedió de repente, en un día soleado que prometía ser inolvidable. Buceábamos con visores gastados, en busca de peces para atraparlos con las manos, aunque siempre se nos escapaban. Estábamos por rendirnos cuando uno de los chicos, apodado Manuno, se separó del grupo para ir cerca de las rocas, donde se podían encontrar peces más grandes. Intentamos disuadirlo sin mucho esfuerzo; sabíamos que era peligroso, pero en ese momento el mayor riesgo imaginable era una rodilla pelada o el castigo de nuestras madres. Además se trataba de Manuno. Rebelde y tan dolorosamente joven, siempre fue un nadador excepcional. También era conocido por tener una deformidad en la mano derecha —una pequeña protuberancia en el dedo meñique— aunque nunca permitió que le hicieran burlas ni se dejó cohibir por ello. Lo llamaba su dedo de la suerte; según él le permitía sentir de mejor manera las corrientes y hacerse uno con el mar. Quizás a eso debía su talento con las olas y su envidiable velocidad. Se decía que le tomaba menos tiempo a Manuno nadar de un extremo de la bahía al otro, que a un pescador atravesar la distancia en su bote. Pero aquel día, aunque quizás era el más preparado de todos nosotros, la corriente pudo con él. Lo distrajo un pez brillante de colores cuya captura hubiera representado un logro legendario. Tan hipnotizado lo tenía la danza de sus aletas, que cometió el error de ir demasiado lejos, pasada la barrera en que la resaca gobierna. Desde nuestra posición resguardada, comenzamos a gritarle que volviera, que a nadie le importaba el dichoso pez ni sus escamas de colores, pero no nos escuchaba o tal vez no quería escucharnos. Mientras Manuno buscaba estrategias para capturar al animal, la corriente se lo llevaba con delicadeza mar adentro, haciendo cada vez más improbable un retorno seguro a la playa. Cuando se dio cuenta ya era tarde: intentó escapar de su destino arrojando brazadas frenéticas y pateando con desesperación, pero esta vez simplemente fue suficiente, ni su dedo de la suerte pudo protegerlo. Para nosotros fue como ver a un titán empequeñecido,

superado en su propio elemento por nuestra culpa. Me dan escalofríos al recordar el momento en que desapareció y el silencio en el que nos sumimos al darnos cuenta de lo que había sucedido. El mar se había tragado a Manuno.

Fue un golpe durísimo para todos y dejó para siempre una cicatriz en nuestros veranos. Sin nuestro amigo el grupo se separó. Algunos no volvieron jamás a esta playa y los que quedamos, simplemente tomamos la decisión de evitarnos para no tener que recordar el dolor de su muerte. De todos ellos perdí la pista, hasta convertirnos en nada más que extraños con infancias en común, con las mismas raíces de inocencia y juegos veraniegos prontamente arrebatados. Unidos y separados por la tragedia. Creo haberme topado con alguno de los chicos en recuerdos borrosos de callejones oscuros, pero si así fue jamás nos hablamos. Aquella dinámica hubiera continuado de manera indefinida de no ser por el descubrimiento de hoy.

Estaba paseando por la playa con el atardecer a mis espaldas, cuando de pronto capté la mirada de unos ojos que no había visto en años. Pertenecían a una chica llamada María, que me había atrapado entre las redes del enamoramiento infantil allá lejos en un pasado que no parecía el mío. Me sorprendió verla porque su familia era de mano firme y habían vendido su casa años atrás, luego de considerar el balneario como inseguro para su hija. Pero ahí estaba, con ojeras violeta bajo los ojos, muy delgada y con una especie de sarpullido en la parte alta del brazo izquierdo, cubierto apenas por la manga corta de su camisa. Supe que era María porque tenía las mismas pecas y el mismo cabello rubio rizado que me había enamorado de niño. Me llamó con la mirada y quizás también con la mente. Entonces me di cuenta de que tenía algo entre las manos: una botella de vidrio.

Ni sé si fue la curiosidad o el poder que aquellos ojos todavía tenían sobre mí, pero me acerqué a ella en honor a la amistad que en algún momento habíamos compartido. Algo me dijo que me estaba pidiendo ayuda. Ni siquiera nos saludamos.

—¿Qué es eso?— le pregunté.

—Léelo.— fue lo único que dijo María.

La botella estaba mojada y era de vidrio gastado, aunque aún quedaban rastros de un color verde esmeralda perdido por el agua y la sal. María sostenía firmemente el corcho que supuse que la taponaba, de forma que su contenido quedaba a mi libre disposición. Había en el fondo algunos restos de basura y pequeñas piedrecitas que ignoré para tomar el rollo de papel que la chica quería que leyera. Se trataba de una factura amarillenta humedecida, con un mensaje escrito por detrás en pequeñas y apretadas letras irregulares, escritas con alguna especie de bolígrafo gastado. Me puse a leer, ante la mirada insistente de María.

SOS. AYUDA. SE NECESITA ASISTENCIA DE INMEDIATO.

Llevo esperando una eternidad por una forma de comunicarme con alguien. Esta mañana por fin la basura del océano ha traído un poco de papel envuelto pobremente en plástico dentro de una especie de bolso. El bolígrafo es de lo poco que guardaba en los bolsillos y la botella la tenía guardada desde hace tiempo; llegan todo el tiempo a la orilla. Hace dos semanas que me encuentro varado en un islote sin poder moverme por las heridas de mi pierna que me retienen como cadenas invisibles. No he encontrado más que hojas ni bebido otra cosa que puñados de agua de lluvia para subsistir. Ahora mismo moriré si alguien no viene a rescatarme. Por favor, se los ruego, hagan el intento.

No es la primera vez que naufrago en mi vida, pero sí la más dolorosa. La corriente me llevó a tierra desconocida hace muchos años y cambió mi vida para siempre; me enseñó lo que significa estar solo y los fundamentos de la supervivencia. Me hizo un hombre. Esa vez estuve varado mucho más tiempo que ahora, pero sobre mi cuerpo sólo pesaba el dolor de la sal que se pega en los pulmones de quien casi se ahoga. Era inexperto, pero también era lo suficientemente fuerte como para valerme por mí mismo, a diferencia de ahora. En ese entonces no se trataba de una isla, sino de una playa sumamente aislada, como ninguna otra que conozca excepto quizás por la de este islote. Tan recluido era el lugar, que cuando por fin pude componerme me tomó más de una semana abrir una ruta para llegar a la civilización.

Desde entonces he estado solo. De mi vida anterior jamás logré encontrar a nadie. No sé si me habrán buscado, pero sé que al cabo de un tiempo yo me harté de hacerlo. Naufragar me abrió la mente a un mundo esperándome más allá del horizonte, y desde entonces he dedicado mi vida a saltar de un lado a otro, a donde el viento me lleve y el mar me acompañe. He viajado por puertos cuyo nombre olvidé hace tiempo y conocido a personas de los rincones más extraños del mundo entero. He reído y he llorado sin miedo, porque si el océano me había dado otra oportunidad, ni yo ni los hombres podrían quitármela. Pero me temo que ya he perdido cualquier rastro de aquel espíritu. Ahora el mar me ha dado la espalda y necesito ayuda; la ayuda de un hermano.

Estaba en un barco pesquero como los de tantas otras veces antes de terminar aquí. Se acercaba el miércoles de ceniza y estábamos seguros de que los hombres de mar nos haríamos ricos. Y por eso mismo seguíamos pescando a pesar de la oscuridad de la noche, a pesar de la tormenta. La luna brillaba sobre las olas embravecidas y el barco se mecía con violencia. Yo y mi compañero resbalábamos por la cubierta mientras intentábamos recoger las redes de pesca para poder regresar, sin mucho éxito. Sabíamos que ya debíamos irnos. Entre las cuerdas, el agua y las poleas, pronto lo perdí de vista. Logré recoger la primera red completa, y llevaba la mitad de la segunda cuando escuché un golpe seco en el costado del barco, y lo vi. Mi compañero colgaba de la barandilla, con los dedos blancos y un terror absoluto cubriéndole las facciones antes de caer. Al verlo me arrojé al agua de inmediato; siempre tuve fama de buen nadador, pero nunca de un sujeto precavido. Mi pierna quedó atrapada en la red a medio recoger, de forma que esta me desgarró el pantalón y la piel por igual. Intenté aferrarme inútilmente a una cuerda más gruesa, pero la fricción junto a la velocidad de la caída quemaron mis manos. Cuando caí

al agua, la sal me mordía las heridas y la piel en carne viva como un cardumen de pirañas. Al salir a la superficie, entre bocanadas de aire alcancé a ver el brazo de mi compañero pidiendo auxilio, pero estaba demasiado lejos. En mis pesadillas sigo sin poder alcanzar aquella mano suplicante, a ese hombre desesperado invadido por el miedo fundamental a la crueldad del Creador, rogando a la naturaleza por piedad. Me tapé la boca con la mano y de inmediato sentí el sabor metálico de la sangre manando de mis dedos. Luego solo recuerdo el rugido de una ola furiosa y chocar contra la proa del barco. Eso y el dolor en la pierna. Latente, vivo e imposible. Después todo se volvió negro.



Desperté hace dos semanas cubierto de arena y mutilado por el océano, que se llevó entre la marea parte del hombre que yo era. No estoy seguro todavía de qué significa eso. Necesito rescate, necesito irme de aquí antes de volverme loco. La soledad permite al hombre pensar demasiado, es difícil no ceder a los instintos, no volverse un animal. Del aislamiento solo hay dos sobrevivientes: el iluminado y el desquiciado. Temo en cuál de los dos puedo estarme convirtiendo.

Este islote es mi prisión y el mar el enemigo con el que cometí el error de confiar. Destrozó mi cuerpo y mi espíritu, me dejó como un pez sin aletas. Supongo que la desesperación corrompe y transforma los sentidos; el rumor de las olas se oye como una risa burlona, la arena se siente como la tierra de la tumba y el hambre tiene el gusto inconfundible del miedo. Mi propio cuerpo se debate entre las posibilidades. Me prometí que no lo haría, pero solo me importa liberarme del dolor, del hambre. Saciarme. En cuerpo y alma.

Estoy perdiendo la cabeza. Por favor, que quien lea este mensaje busque ayuda. En la botella he puesto mis únicas y más preciadas posesiones las cuales espero que puedan ser guardadas. Que eventualmente me sean devueltas o que alguien más las cuide por mí.

Este es mi último ruego de ayuda. El hombre ayuda por naturaleza. El desalmado cierra los ojos ante la presa podrida. Ayuda por favor. Piedad. Oraciones.

María me miró atentamente todo el tiempo que estuve leyendo, con el peso del pasado y del último testimonio de un hombre sobre los hombros. Aquel escrito tenía plasmada la humanidad del naufrago, su dilema. La historia era impactante, pero la mirada ensombrecida de María parecía ir más allá. Algo había visto que lo había cambiado todo. Apuntó la botella, o más bien su pobre contenido. La vacié sobre mi mano para encontrar unos guijarros, una medallita redonda con una brújula grabada y un botón, pero lo más importante tardó un instante más en caer. Se trataba de un pequeño bulto café irregular, con delgadas y desiguales hendiduras siguiendo un arco. Estaba mojado y pegajoso, con una línea más oscura y chiclosa en la parte baja. Desprendía un olor nauseabundo. Luego de un instante sentí como el aire abandonaba mis pulmones y se me cortaba la respiración. Levanté la cabeza y miré a María a los ojos, en los que encontré el espejo de mi propio horror. En mi mano descansaba entre los guijarros, a medio comer, una anomalía en todo sentido. Había perdido la forma, pero yo sabía de qué se trataba. Era un dedo, un dedo de más.

Al final, no le había traído demasiada suerte a su dueño.

Angélica

Similares

Es la tarde noche del Viernes 3 de Febrero de 2002; esta historia comienza con Marcela, una mujer de treinta y dos años que vive sola en su bonito y acogedor departamento. Trabaja de contadora en una empresa de ingeniería de gas, pero su puesto es muy estresante. Labora arduamente y sin parar. Su vida es agitada: además debe preocuparse por el hogar, las deudas y, por supuesto, las compras del supermercado. Y como si fuera poco, padece un trastorno de ansiedad generalizada, consecuencia de una acumulación de situaciones estresantes. Para tratarlo, toma medicamentos antidepresivos.

Lamentablemente, se siente sola y angustiada.

Marcela tiene una mejor amiga llamada Laura, pero la llama "Lau" con cariño. Se conocen desde hace veinte años. Laura es alegre, comprensiva y paciente con las personas y se maneja muy bien en situaciones complicadas. Su vida es tranquila y próspera, nada le sale mal; lleva, como dicen, una vida "perfecta". En cambio, Marcela vive con el miedo constante de perder a su amiga debido a los problemas que la angustian; este pensamiento nunca se lo ha comentado a Laura.

A los 12 años hicieron un pacto, el que consistía en que nunca se iban a alejar o traicionar bajo ninguna

circunstancia, por muy negativa que fuera. Desde entonces, han sido inseparables y más aún desde que Laura se enteró del trastorno de su mejor amiga: su amistad se ha fortalecido más.

Todos los fines de semana, Laura visita a su amiga para hacerle compañía y animarla. Hoy viernes, mientras espera a su amiga, Marcela prepara unos tallarines con salsa blanca y camarones salteados. Mientras cocina, suena el timbre. Abre la puerta: es "Lau".

Laura al ver a su amiga la abraza muy fuerte y entra al departamento con un bolso. Mira a su alrededor, ve el lugar desordenado y siente un fuerte olor a camarones, que sin duda venían de la preparación.

Marcela la mira con cariño y la invita a sentarse mientras espera la comida.

-Amiga ¿cómo has estado? -le pregunta Laura.

-Bien, sólo que un poco estresada -responde Marcela.

-Me imagino, con el trabajo que tienes.

-Pero no solo es el trabajo, es todo un sinfín de cosas -aclara Marcela mientras se toma la cabeza con las manos.

-Lau, tú puedes salir de esto.

-Me gustaría, pero es difícil -limpiándose los ojos llorosos.

-Me alegra que seas mi mejor amiga, te aprecio mucho.

-Marce, ¿te acuerdas del pacto que hicimos cuando éramos niñas? -le dice, sonriendo.

-Por supuesto, siempre lo recuerdo.

-Bueno... yo cumpliré la promesa que nos hicimos, porque la palabra se cumple en las buenas y en las malas -dice, abrazando a Marcela.

Mientras tanto, de la olla se asoma un poco de humo, están hirviendo los *spaghetti*. Se sirven cada una en un plato y se dirigen a la mesa.

Las dos están muy felices; no paran de reír mientras disfrutan de la exquisita cena que cocinó Marcela. Luego, lavan los platos y deciden ver una película.

Son las 00:00 am; la sala está oscura, ven en la televisión una película de terror llamada *El aro*. Prefieren pasar la noche en la sala. Lau está recostada en el sillón y Marce en un saco de dormir, ambas comen palomitas y toman gaseosa.

En un momento Marce se dirige al baño, Laura decide esperarla en la sala.

Mientras se lava las manos en el lavabo, mira al espejo y ve que tiene la boca con migas. Se inclina para lavarse la boca con agua de la llave. Concentra su mirada en el espejo y, al levantar la cabeza, ve una silueta detrás de ella. La silueta le dice que quiere atacar a Laura, que debe volver a asesinar lo que mató hace años para seguir siendo feliz y joven.

Asustada, Marce empieza a gritar. En un santiamén, llega Lau sin entender lo que pasa y le pregunta por qué grita. Marce le responde que no están solas en el departamento, que hay alguien con ellas. Laura se echa a reír, pero al ver la cara de susto de su amiga, comprende que no es una broma.

Laura, de forma apresurada, se mete y cierra la puerta del baño, y comienza a cuestionarse, ya que no había visto a nadie mientras esperaba a Marce en la sala. Marce, ansiosa, le explica que es un ser con malas intenciones que quiere hacerle daño. Lau, sin dudarle, le pregunta a su amiga si ha ingerido alguna droga o alcohol en este último tiempo de estrés. Ella le responde que toma medicamentos antidepresivos. Laura llega a la conclusión de que el remedio le está haciendo mal a Marce, que le está provocando alucinaciones o demencia. La intenta calmar y ambas regresan a la sala.

Dos horas después, cuando todo está más tranquilo y silencioso, se duermen. Hasta que, Laura no puede soportar más el frío y se dirige al dormitorio de Marce para buscar una frazada. Está todo oscuro, pero conoce el lugar como la palma de su mano. No quiere encender la luz de la pieza, ya que podría molestarle a sus ojos adormilados. Al llegar, comienza a buscar una cobija en el clóset y de pronto, una voz detrás de ella le dice:

-Laura, te extraño -la voz ríe.

-¿Qué haces acá? Deberías estar durmiendo -le reclama Laura a la voz, sin mirar atrás e intentando encontrar la cobija, creyendo que era Marcela quien le había hablado.

-Te extraño, ven conmigo -repite la voz.

Laura se da la vuelta y mira una silueta sentada en la cama, se acerca y gracias a la luz de la luna que entra por la ventana, puede distinguir claramente a Marcela.

-Marce, tienes que dormir y descansar, no es bueno que estés despierta, y menos con el agobio que tienes -le dice Laura, agarrándole la mano.

Marcela la abraza. Luego, le susurra al oído:

-Hace 200 años éramos mejores amigas, no quiero perder tu amistad por mi problema de estrés -y de manera apenada se aleja.

-No vamos a perder nuestra amistad, ya ha durado 20 años -le contesta Laura, extrañada y confundida.

-Hace 200 años éramos amigas, hasta que te asesiné -murmura Marcela.

-¿Por qué dices eso? -le pregunta Laura, asustada.

-Porque te conozco desde el pasado, hace 200 años... -sonríe, mientras se va acercando lentamente a Laura. Ella solo escucha, no sabe qué está pasando.

-No sabes quién soy ¿verdad? -pregunta irónicamente Marcela.

-Soy una persona malvada, que se satisface haciendo daño. Antes yo tenía una amiga igual a ti, pero la maté, porque así podía tener la juventud eterna. Ahora haré lo mismo contigo -le dice apuntando con el dedo y con una mirada fría.

-Cada asesinato que cometo me satisface y rejuvenece mi alma. Ya llevo 200 años en este mundo y mírame, sigo como el vino. Nada me podrá parar -le aclara Marcela con una sonrisa pícara en el rostro.

Al instante, se enciende la luz, es Marce que la enciende desde la entrada de la habitación.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le pregunta Marce.

-Pero si yo estaba hablando contigo, estabas al frente mío -asombrada y confundida, Laura le comenta a Marce, mientras se gira para verla en la puerta.

-Me habías dicho que no querías perder mi amistad -intenta recordarle, nerviosa.

-Nunca te lo he dicho, pero sí he tenido ese miedo. No te lo he comentado por vergüenza
-le explica amablemente.

-Aunque estaba en el living durmiendo, ahora iba al baño -dice Marcela, y avanza hasta el baño indiferente.

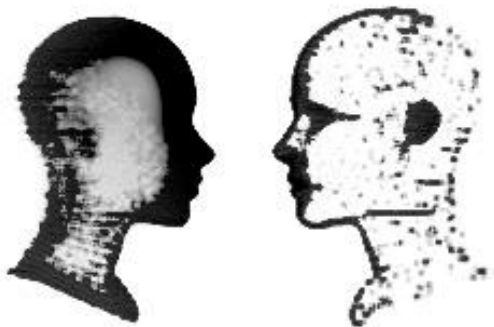
Laura no lo piensa más. Toma su bolso y le miente a Marcela, diciéndole que tuvo un imprevisto familiar, que debe irse en ese instante porque un familiar querido ha fallecido. Marcela le da sus condolencias, la dirige hacia la puerta y se despiden con un abrazo y un beso.

Desde esa vez, Laura y Marcela no se han visto nuevamente.

Dos meses después... Laura no quiere regresar al hogar de Marcela. Le incomoda la idea de visitarla otra vez después de lo sucedido.

Pero lo que no puede sacarse de la cabeza es la persona con la que mantuvo conversación esa noche. No cabe duda de que era igual a Marcela.

Isi Days.



Recuerdos

Eran las 3:20 p.m y yo estaba en clases de Historia, mirando distraídamente por la ventana. La voz de la profesora se oía de fondo, explicando algo sobre la primera Guerra Mundial, pero no estaba prestando mucha atención; mi mente estaba en otro lugar. Sobre mi cama se encontraba un pequeño peluche regalado por mi abuelo el año pasado antes de Navidad, mi época favorita. Estoy segura de que no soy la única que ama esas fechas.

La Navidad del año pasado fue bastante única. Usualmente, la paso con toda mi familia en el sur: mis abuelos, tíos, primos y, por supuesto, mis papás. Pero esta vez fue diferente, nos quedamos en Santiago. Mi abuelo vino a acompañarnos a despedir a mi hermana Laura en el aeropuerto. Ella no pasará Navidad ni Año Nuevo con nosotros, ya que se va a Europa de vacaciones por un mes.

Ustedes se preguntarán por qué nosotros no fuimos. La respuesta es que era su viaje de 15 años que le prometieron mis papás, y aunque ella ya tiene 19, debido a la pandemia y a los problemas que esto trajo, no pudo ir en ese entonces y siempre soñó con ir sola.

Nos despedimos de ella unos días antes de Navidad. Todos estábamos muy tristes. Era la primera vez que alguien de nuestra familia se iba tanto tiempo sola, sin el resto. Aunque viéndolo por el lado positivo, sería hija única por un mes... Quizás no es tan malo que se vaya, solo bromeo, por supuesto que la voy a extrañar, es mi hermana.

De camino a casa fuimos a comprar comida y, aprovechando esta pena, decidí convencer a mis papás de ir al McDonald 's, y aceptaron sin problemas ¡mi felicidad no daba más! Al volver a casa, fuimos todos a nuestra sala para comer juntos y disfrutar la llegada de mi abuelo.

Cuando terminamos, me fui a mi habitación a ver Instagram en mi cama; haber estado tantas horas en el aeropuerto es bastante agotador. Sin darme cuenta, mi abuelo me estaba siguiendo.

Me acosté y él se sentó a los pies de la cama. Lo miré y me dijo:
—Te tengo un regalo muy especial para esta Navidad.

¿Qué podría ser? No recordaba haber pedido algo. Me percaté de sus brazos escondidos en su espalda; sacó un peluche en forma de conejo. Se veía bastante antiguo, muy diferente al resto de los peluches que tengo. Estaba sucio y le faltaba una pequeña parte de su oreja derecha.

Quedé un poco confundida. Mi abuelo me lo entregó sin decir nada más, y yo lo abracé con cariño, sintiendo que había algo especial en ese conejo.



Esa noche, acostada con el peluche a mi lado, mi mente se sumergió en recuerdos del pasado. Recordé cómo mi pasión por la Biología había comenzado en 4° básico, en una clase de Ciencias. Estaba sentada junto a la pared, en el tercer puesto de la fila comiendo mis galletas, cuando la profesora de ciencias nos entregó unos Power Points impresos con el título “*El cuerpo humano y sus funciones*”. La imagen mostraba a un hombre dividido entre esqueleto y músculos. No era una imagen hermosa, pero sí fascinante para mí. Mientras mis compañeros gritaban y jugaban, yo estaba emocionada por aprender.

La profesora dio un grito y todos se callaron. Finalmente, empezaría la clase, pero comenzó con un sermón... uno largo que no alcanzó a terminar cuando sonó el timbre para irnos al recreo. Por supuesto, mis compañeros salieron corriendo, mientras yo organizaba mi mesa.

Mientras guardaba mis cuadernos, la profesora se me acercó y me dijo:

—Quiero que sepas que este sermón no era para ti, era para tus compañeros. Sé que tú te portas muy bien. Felicidades Antonia, tienes una anotación positiva —me sonrió, y se fue. Después de esa anotación positiva, mi interés por la Biología sólo creció. Me di cuenta de lo mucho que me apasionaba entender el cuerpo humano. Ahora, mirando el conejo de peluche, pensé en cómo pequeños gestos y regalos pueden tener un impacto profundo en nuestras vidas, así como esa anotación lo tuvo en mi pasión por la Biología.

Al día siguiente, mi abuelo volvió al sur con el resto de la familia. Se sentía tan raro no estar allá con ellos. Por primera vez en mi vida sentí que me estaba perdiendo algo, y algo importante. No estar allá me rompió el corazón, pero mis papás debían trabajar, y yo quería pasar con ellos la Navidad.

Es por eso que me quedé en casa. Intenté descubrir nuevos hobbies: pintar, leer y las manualidades, pero todos me aburrieron a la semana. Pierdo el interés muy rápido.

Pasaron los días y llegó el 24 de diciembre, así que celebramos. Todos recibimos muy buenos regalos, en especial mi hermana, a quien tuvimos que llamar unas horas antes por el cambio de hora. En ese momento, ya estaba en España en la casa de una amiga con la que se encontraría en el aeropuerto de Madrid.

La familia de su amiga era “*catalanista*”, por lo que tenían la costumbre de jugar al “*caga tío*”. Básicamente, es un tronco de madera con cara y un gorro rojo, al que le pegan con palos de madera para que te dé regalos. Jamás he hecho eso, aunque no niego que me gustaría mucho, sería divertido.

Después de la llamada con mi hermana y que nos mostrara sus regalos, nosotros nos pusimos a comer pavo con puré de manzanas.

Estuvimos conversando y pasando el tiempo. Durante ese tiempo vi muchas fotos de mis primos reunidos. Los extrañaba mucho, me imaginaba qué estarían haciendo. No pude evitar sentirme mal, aunque estuviera con las personas que más amo... deben

entender que toda mi vida he pasado la Navidad con toda mi familia y ahora solo estaban ellos... sentía que me faltaba algo.

Después de abrir los regalos y abrazarnos me fui a mi habitación, estaba un poco desordenada. Muchos libros de Anatomía sobre mi escritorio, papeles y ropa tirada en el suelo. Nada estaba en su lugar, excepto el conejo que me regaló mi abuelo que se encontraba sobre mi cama. Me acosté y lo abracé. Las lágrimas caían por mis mejillas, empapando el peluche. En ese momento, comencé a recordar todas las cosas que había hecho con mi familia y lo bien que lo pasé en su momento, también me comencé a cuestionar ¿Cuál es la historia del regalo de mi abuelo? Y así me quedé dormida sin notarlo.

Ya es de mañana y otra vez tengo Historia.

Cuando llego al salón me siento en mi mesa y comienzo a sacar las cosas para tener todo ordenado y enfocarme en la clase. Minutos después llega la profesora y comienza a prepararse; continua con el tema de Hitler y los Nazis; yo sé que puedo concentrarme, necesito poner atención.

Oigan ¿y si mi abuelo me esconde algo súper mega secreto? Han pasado meses desde que me lo regaló y no he encontrado respuestas. Quiero decir, se veía que era un peluche muy importante para él ¿por qué me lo habrá regalado? Sin pensarlo, tomé mi celular y le escribí a mi abuelo para que me aclarara todo.

¡No puede ser! Ya terminó la clase y otra vez no puse atención, en una semana tenemos una prueba y no sé qué haré... ¡Oh! Ya sé, aprovecharé y estudiaré en la biblioteca del colegio, solo está a dos salas de la mía, por lo que no llegaré tarde a clases después.

Cuando llegué comencé a buscar algunos libros y escogí una mesa para sentarme. Cuando los empecé a hojear, mi teléfono vibró. Era un mensaje de mi abuelo.

—Hola, Antonia. Me alegra mucho tu interés por el conejo de peluche; tiene una historia muy especial. Me encantaría contártela en persona. ¿Qué te parece si vienes a verme este fin de semana?

La idea de ver a mi abuelo me emocionó mucho. Le respondí rápidamente aceptando la invitación, claro, le pedí permiso a mis papás y ellos aceptaron encantados. Desde ese día la semana se pasó volando y cada día avanzaba en la planificación de este viaje.

¡Por fin era fin de semana! Después de 4 horas de viaje, estaba en la casa de mi abuelo. Él me recibió con un cálido abrazo y me llevó a su habitación, donde me mostró una caja llena de recuerdos. Había muchas cosas antiguas, cartas y algunas fotos. Tomó un par de fotos y se sentó mientras yo lo miraba fijamente.

—Este conejo me lo regaló tu bisabuelo, quien se lo obsequió a una persona muy importante durante una Navidad difícil, como símbolo de esperanza y resiliencia —sus ojos comenzaron a ponerse llorosos— Esa navidad fue en la que yo nací, mi padre

decidió ir a comprar ese pequeño peluche para mi madre, tu bisabuela, quien luchaba por su vida. Los doctores no tenían esperanza de que mejorara. Todos quienes estaban ahí se prepararon para despedirse, pero mi papá no estaba listo para dejarla ir. Tomó aquel conejo de peluche, con su suave color café y orejas caídas, y se lo llevó a la habitación donde estaba mi madre. Se lo puso en las manos mientras ella dormía, susurrándole que no estaba sola y que, por más que todo pareciera oscuro, él seguiría a su lado.

Cada día, mientras las luces de la Navidad comenzaban a apagarse, mi padre se sentaba junto a su cama, sosteniendo ese conejo y esperando que ella abriera los ojos. Los médicos insistían en que ya no había nada que hacer, pero mi padre no cedía. Pasaba las noches a su lado, hablándole y sosteniendo su mano. Decía que, si ella luchaba, él también lo haría, aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

Y entonces, un milagro sucedió.

Un día, cuando la nieve comenzaba a derretirse, ella abrió los ojos. Mis padres siempre dijeron que fue como si ese pequeño conejo, símbolo de su amor y su esperanza, hubiera sido el amuleto que la trajo de regreso.

Desde entonces, ese conejo ha pasado por nuestras manos, de generación en generación, como un recordatorio de la fuerza de la esperanza y de la importancia de nunca rendirse. Y hoy, al entregártelo a ti, quiero que recuerdes esta historia, porque en los momentos más oscuros, cuando todo parece perdido, siempre hay una luz, una chispa de resiliencia dentro de nosotros.

Sentí una profunda conexión con la herencia familiar. Volví a Santiago con una nueva perspectiva y una motivación renovada para seguir mi sueño de estudiar Medicina. Y ahora sé que, al igual que el conejo, llevo conmigo una historia de esperanza y resiliencia. Eso es algo que me inspira a seguir adelante en todo lo que me espera.

Flo Saavedra.

El deseo



“Había una vez, hace mucho tiempo, una dulce princesa entusiasmada por su cumpleaños número doce...”

-Papi ¿por qué elegiste el doce?

-No lo sé mi amor, fue lo primero que me vino a la cabeza.

-Hubieras pensado en uno más memorable como los 10 años.

-Ya sé que se viene tu cumpleaños pequeña loca- le dijo a su hija mientras le hacía cosquillas- Ahora déjame continuar, que te tienes que ir a dormir.

-No tengo sueño.

-Pero es hora de que hagas silencio o si no le diré a mami

y se enojará.

-Perdón Papi, continúa- dijo sonriendo y su Papi continuó con su cuento.

“Esta linda princesa quería hacer una gran fiesta con todos sus amigos en un enorme castillo donde ella vivía, pero ninguno había podido ir; la princesa triste por no haber podido hacer su fiesta, le pidió a su padre, el rey, un perro como regalo de cumpleaños...”

-Por qué un perro?

-Porque la princesa quería a alguien que la acompañara.

-¿Ella se sentía sola?

Él se quedó pensando en si su hija se sentía así; generalmente, la niña era muy curiosa, quería saber cada detalle de todas las cosas.

-Tal vez. Al día siguiente el rey le trajo un pequeño perrito quien le hizo mucha compañía.

“La princesa pasaba todo el tiempo con Manchas, su nuevo mejor amigo.

En las mañanas, Manchas la despertaba para que le diera comida, tomaban desayuno en la mesa con el Rey y la Reina, su madre. En las tardes jugaban en el jardín hasta que la Reina los obligaba a entrar; lo que más hacían era correr, Manchas perseguía a la princesa hasta que ella se cansaba, y por las noches la princesa siempre le daba su comida. Luego ambos iban a ver películas a la cama de los reyes, pero siempre se quedaban dormidos antes de que acabara.

Un día la princesa estaba jugando con Manchas en el jardín, cuando encontró un sendero que nunca habían visto antes. Curiosos, decidieron seguirlo y llegaron a un gran árbol con hojas doradas que brillaban como las estrellas.

De repente él árbol comenzó a hablar: ‘Princesa, qué agrado tenerla aquí, la estaba esperando con ansias’. La princesa asustada le preguntó por qué la esperaba. Entonces el árbol le explicó que cada año escogía a una niña con un corazón bondadoso para concederle un deseo como muestra de agradecimiento. Ella preguntó por qué hacía eso, a lo que el árbol contestó que ya no había gente bondadosa en este mundo y quería hacerle ver a los niños buenos lo apreciable que era esa cualidad.

Lo primero que hizo la princesa fue mirar a Manchas, pues lo que más deseaba en el mundo era que la acompañara para siempre.

Al decir esto, el árbol hizo realidad el deseo de la princesa: el pequeño Manchas la acompañó hasta el final de su vida y así vivieron muy felices”.

-Se acabó su tiempo- Dijo un oficial abriendo la puerta.

El padre con ojos llorosos le puso una mantita encima a la niña que se había quedado dormida escuchando la historia, le dio un beso en la frente y se dirigió a la puerta, no sin antes mirarla una última vez, reprimiendo unas lágrimas que amenazaban con escaparse de sus ojos.

Al día siguiente la niña despertó debido a unos gritos que escuchó desde afuera. Al darse cuenta de que estaba completamente sola en su pieza, se asustó y decidió salir en busca de su padre, pero apenas salió del lugar, un oficial la detuvo preguntándole hacia dónde se dirigía. Ella respondió que a buscar a su padre.

-Niña ¿ves a algún adulto aquí? ¿no? Entonces no andes husmeando por aquí.

Ella muy confundida miró a su alrededor; vio un lugar sucio, pequeño y sombrío, rodeado de niños que nunca había visto.

-¿Qué te pasa niña? ¡Fórmate en la línea!- gritó el oficial.

Asustada, corrió hacia los otros niños y se puso derecha con los brazos hacia atrás.

-No llores, eso hará enojar al coronel- Le susurró un niño.

En ese preciso momento la niña cayó al suelo, el temor y las doce horas que llevaba sin consumir ningún tipo de alimento no eran una buena combinación.

La niña despertó en el piso de una pequeña habitación oscura con una ventana por la que apenas entraba aire, lo que le dificultaba respirar.

El oficial se hincó al frente de ella y con un paño le secó el sudor que tenía en su frente.

-Algo me dice que estás perdida- dice el oficial, la niña solo lo miró asustada y con lágrimas en sus ojos.

-¿No recuerdas nada, verdad?- le dice en forma irónica- déjame ayudar a refrescarte la memoria. ¿Recuerdas esa vez que saliste con tu Papi a comprar pan? Esa vez donde estabas tan feliz de ver a tu mamá por primera vez ¿lo recuerdas? Te habías puesto un vestido de flores junto a unos zapatos rojos, llevabas dos trenzas como las que tienes ahora, solo que más bonitas, y en tu mano sostenías una rosa blanca que te había comprado tu querido Papi; era una linda vestimenta pero había una cosa que no cuadraba, el cintillo de tela en el brazo derecho ¿la recuerdas? esa con una estrella. Escuché que le decías “triangulín”, muy ingenioso de tu parte, te felicito.

-¿Y usted cómo sabe eso?- dijo la niña con miedo.

-Tengo mis fuentes.

Por unos segundos la niña trató de pensar en cómo el oficial se había enterado de esa historia, pero él interrumpió su pensamiento.

-¿Aún nada pequeña? Piensa, empezó a correr gente, había oficiales por todas partes, tu pobre Papi te tiró al piso apenas escuchó el primer balazo. Dos oficiales los agarraron del brazo y los llevaron a una camioneta con 8 personas dentro ¿de verdad no te acuerdas? Llorabas como bebé apenas subiste, no, era un bebé el que lloraba, qué patético. ¿Nada aún? Bueno, seré breve: llegaste, te tatuaron el número que tienes en tu antebrazo izquierdo, el que tendrás por el resto de tu vida- dijo apuntando su brazo-. Después te llevaron a tu celda y te quedaste ahí toda la tarde. Y bueno al final tu querido papi sobornó a un oficial para poder verte una última vez y te contó esa boba historia de la princesa y su perrito; te quedaste dormida, amaneciste buscando a tu Papi y en un pestañeo acabaste aquí-.

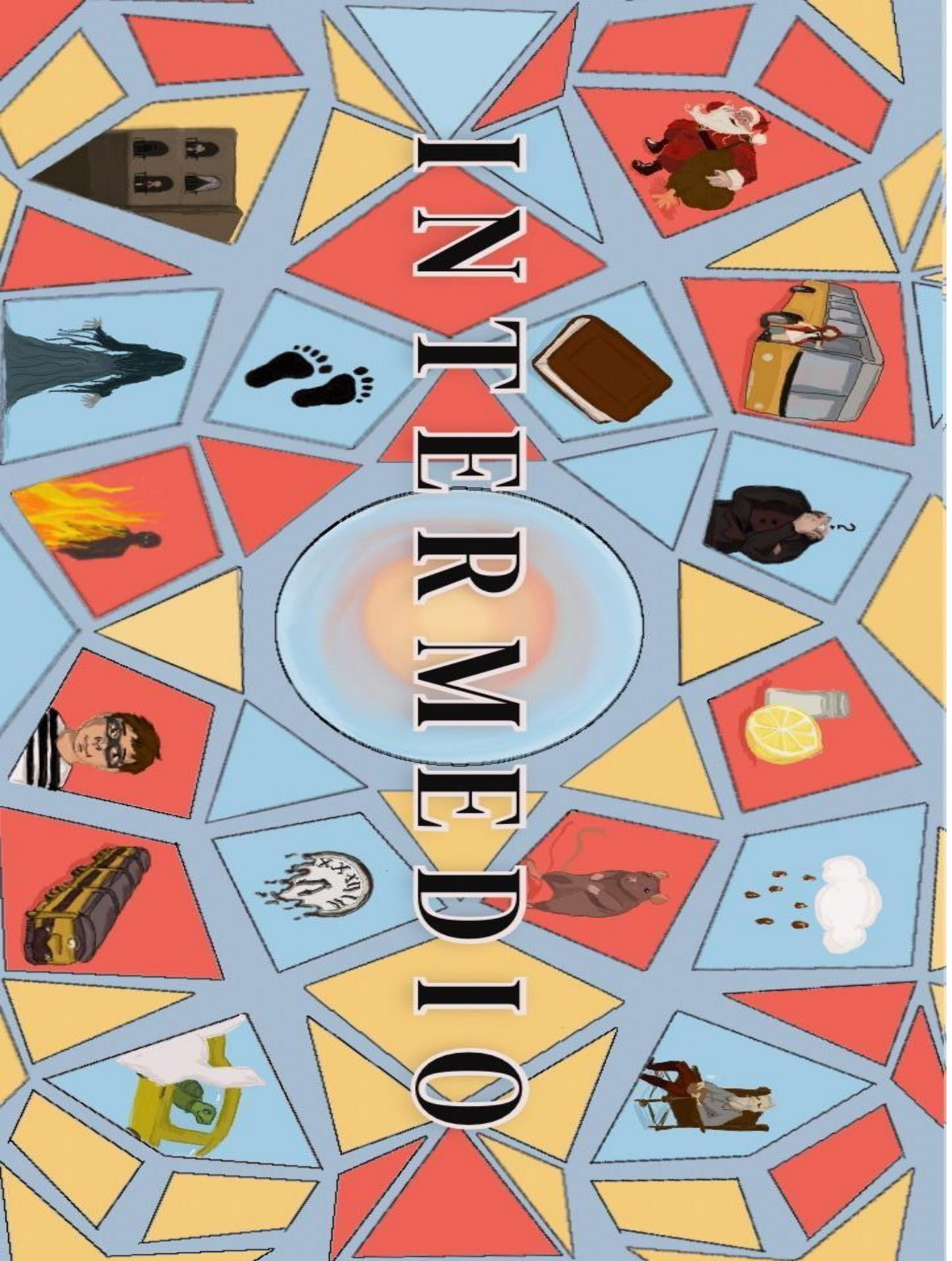
Lo único que hizo la niña en ese momento fue llorar silenciosamente, para que el oficial no se enojara.

¿Logró recordar? Ella ya conocía esa historia, simplemente no quería aceptarla. Años y años viviendo ese infierno y nunca terminaba. La pobre niña solo quería que todo acabara. Al final comprendió cada detalle de lo que pasaba en el exterior, y desde ahí nunca más quiso saber los detalles de las cosas.

Solamente pensaba en ese cuento que le contó su padre, en aquel árbol con hojas doradas que brillaban como estrellas. Si fuera bondadosa y tuviera la oportunidad de pedir un deseo, sería que su Papi la acompañara siempre, que vivieran los mejores momentos y fueran eternamente felices.

Catita.

INTERMEDIO



Fábula urbana Por Angélica.

No sé si fue el calor lo que las volvió tan competitivas o si siempre fueron de esa forma. Sólo sé que aquel día en el paradero, segundos bastaron para convertir la frustración por perderse la micro, en una oportunidad de contienda. Decidieron apostar quién sería capaz de llegar antes a destino bajo aquel sol sofocante, y con un apretón de manos comenzó la carrera. La Liebre salió corriendo disparada sin mirar atrás, dejando a la Tortuga todavía levantando la pata para dar su primer paso. Jamás se imaginó que al llegar jadeante a la meta, en lugar de la victoria, encontraría únicamente a su contrincante fresca como lechuga y triunfante. Ni rastro quedaba ya de aquel taxi climatizado, que con tanta calma la Tortuga había detenido allá de vuelta en el paradero.

Por Fran S.

La Caperucita roja va a visitar a su abuela. El viaje es largo pues ella vive en Las Condes y la abuela en San Bernardo. Para llegar, la niña debe tomar metro, micro y además caminar 3 cuadras. Pero hoy a la Caperucita se le hizo tarde y un feroz lobo la comenzó a seguir. Mientras ella acelera el paso, él le grita lo linda que es. Por suerte se encontró con un noble cazador que la tranquilizó, recordándole que todo es su culpa por ocupar tan provocativa caperuza roja.

Manuelito

Por Trini Martínez.

Cuando era chico era muy veloz y le encantaba jugar al policía y al ladrón. Hoy en día lo sigue jugando, por lo menos unas cuantas veces a la semana. Por ejemplo, el Lunes jugó con otros amiguitos y ayer pude comprar leche que últimamente ha estado tan cara. Manuelito me llamó esta tarde diciendo que el paco lo había atrapado. Yo le respondí con calma que no se preocupara, que mandaré a otro ladrón a buscarlo.

La caída

Por M.G.C.C.

Observan desde sus ventanas. Por un segundo, los vecinos que no hacen más que intercambiar saludos, se unen en horror.

Víspera de Navidad

Por Javiera D.

El viejo pascuero, tiene un aspecto peculiar, le falta su barba y su pompón en el gorro; y su trineo y sus renos y su panza y su buena cara. Sin nada de eso se acerca lentamente con su saco y sorprende al niño.

**Intencional
Por Catifa.**

Eran las 3 de la mañana cuando sentí el calor. El humo a mi alrededor dificultaba mi respiración y apenas vi el color naranja por los pasillos, reaccioné. Mi hermanita y yo salimos por la ventana, pero no había señales de mamá y papá. Cuando llegaron los bomberos al fin, y luego de unos minutos, los vi a ambos en una camilla tapados de pies a cabeza. Los bomberos no encontraron a nadie más dentro de la casa. En ese instante lo pensé: ¿dónde estaba mi hermano?

**Si las gotas de lluvia fueran de chocolate
Por Angélica.**

Mi tata dice que en su infancia le pidió tanto a Dios que lloviera chocolate el día de su cumpleaños, que al final su deseo se hizo realidad. Yo sé que ya está viejo y hace rato que le falta un tornillo, pero con esta historia sí le creo. Tiene que ser verdad. ¿Cómo si no se habría vuelto de

Patas negras

Por Isi Days.

Había una pareja casándose en la iglesia. Durante la ceremonia llegó un hombre alto y apuesto. Atrás mío estaba sentada la prima de la novia y le escuché decir que venía el patas negras. Me quedé pensando en esa frase toda la ceremonia. Luego nos fuimos a la fiesta y bailamos sin parar. De pronto, el novio y la novia me llamaron a la mesa familiar, ahí vi de nuevo al hombre apuesto. Nos saludamos y sin dudarle, le dije que tenía los pies sucios. En la mesa me miraron sorprendidos y preguntaron que por qué decía eso. Simplemente respondí que él era el patas negras.

Llorona 2.0

Por Flo Saavedra.

La mujer que lloraba en las noches, conocida por su dolor eterno, no era la figura de desesperación que todos conocían. Sentada en la orilla del río, no pensaba en sus hijos perdidos ni en su trágico destino. En cambio, revisaba su agenda para planificar su próxima aventura. Con una sonrisa satisfecha, se levantó con determinación y, al pasar junto a un grupo de niños jugando, pensó: “Sigán creyendo, mientras yo camino hacia un nuevo futuro.”

La espera

Por M.G.C.C.

Recostado en su cama, que comenzaba a distinguir como su lecho de muerte, y apoyado en almohadones que se asemejaban a un abrazo olvidado, no tenía más que recordar, hundido en el pasado, por cuanto su presente se veía frágil, y su futuro incierto.

Limón y sal

Por Javiera D.

Tengo que confesar que a veces no me gusta tu forma de ser, tu forma querer, tu forma de ver, tu forma de desaparecer, tu forma de conocer, tu forma de escoger, tu forma de beber, tu forma de ceder, tu forma de recaer, tu forma de joder, tu forma de doler, tu forma de complacer, tu forma de sorprender, tu forma de reconocer. Yo te quiero con limón y sal; no hace falta que cambies nada.

Don Quijote de la cancha

Por Angélica.

No es fácil lidiar con la fama de ser el mejor jugador de fútbol de la historia. La cima es un lugar solitario; la gente se entrapa en cualquier detalle con tal de criticar. El sabotaje se hace parte del juego y uno empieza a desconfiar de sus propios compañeros de equipo, a quienes no les basta con hacerme soportar el peso del éxito y la presión de ser el máximo goleador de la liga. Ahora les ha dado con que me fije en cosas tan insignificantes como el color de la ropa del arquero ¿a quién le importa? Un gol es un gol, sea de chilena o sea de puntete. Pretender acertarle a un lado específico de la cancha, eso ya es avaricia.

Pajarito mensajero

Por Fran S.

Hoy un pajarito me contó que me estás engañando. Pero yo sé que solo lo dice para separarnos porque nos tiene envidia, así que lo mandé a volar.

¿Recuperando o perdiendo la cabeza?

Por Flo Saavedra.

Durante siglos, el jinete Sin Cabeza había recorrido caminos desolados en busca de su cabeza perdida. Una noche, en lo más profundo del cementerio, la encontró: cubierta de tierra y hojas, pero intacta. Con un gesto casi casual, la levantó y se la colocó. Al hacerlo, sintió un cosquilleo, una sensación de reconocimiento. "Todo este tiempo, y aquí estabas", murmuró. Sin embargo, al observar a su alrededor, algo lo hizo detenerse. Por primera vez, después de tanto tiempo, el jinete se preguntó con incertidumbre: "¿Y ahora qué?"

Don Alonso Quijana **Por Trini Martínez.**

Érase una vez un hombre, cuya única razón de existir era leer historias grandiosas de caballeros; héroes propios del medieval. Este señor, muy bien acomodado, pasaba horas y días y noches sumergido en dichas historias, deseando algún día lograr ser como tales personajes. Su anhelo crecía cada vez más, llegando a un punto desesperante y agotador: podía pasar horas mirando el techo imaginando sus veladas como caballero, recorriendo las tierras, salvando damiselas y honrando su nombre, mientras sus lágrimas goteaban y salpicaban. No osaba salir pues bien sabía que iba a caer en el ridículo. Con el tiempo había comenzado a descuidarse; ya casi no comía, no dormía y no recuerdo la última vez que se bañó. Y llegó el día aquel, en el que este hombre dejó de soñar, cerró los ojos por última vez y cedió a liberar su último suspiro.

Fin del intermedio

Tumba

Mis pestañas pesan, mi cuerpo tiritita,
una oscuridad inmensa invade mi mente podrida.
Mis piernas pesan, mi corazón no palpita,
entonces siento cómo mi cuerpo se marchita.

Trato de abrir mis ojos en un intento desesperado.
Sin embargo, parece que la oscuridad se los ha llevado.
Poco a poco, lentamente, mis ojos se acostumbran a su ausencia
es entonces que la veo a ella:

una mujer arreglada de cara pintada,
adornada en hermosas joyas doradas
qué fea, qué marchita
que horrorosa su falta de vida.

¿Por qué es igual a mí? dicen mis pensamientos,
y es entonces que voy comprendiendo;
mis piernas pesan, mi corazón no palpita
entonces siento cómo mi cuerpo se marchita.

Trato de escapar pero las paredes no ceden
trato de golpear pero mis manos no pueden
las paredes me comen, la angustia me aterra
horror, angustia, pena.

Con ella no, repite mi cabeza
“no con la descomposición eterna”,
esa de cara pintada, de joyas doradas
no con el cuerpo con el que comparto cara.

Ella soy yo y yo soy ella,
ella soy yo y yo conciencia;
la eternidad inmensa me come,
las paredes de mi tumba me carcomen.



Fran S.

El bautizo

Padre nuestro que estás en los cielos
¿Nos quieres realmente a todos aquí hoy?
¿Necesitas zapatos lustrados y tocados en el pelo
para poder considerarnos dignos de tu perdón?

Sea tu nombre por favor santificado.
Sabes bien que no he querido ofenderte,
mas de pronto mi interior advierto envenenado,
como el lirio abandonado que en cizaña se convierte.

Si puede tu reino venir, que así sea;
que el cura bendiga a este niño inocente
Que el jolgorio acalle la lengua que sisea
del monstruo oculto en mi pecho latente.

¡Qué afortunados somos todos de poder
refugiarnos en aquella, tu doctrina de la paz!
¡Gracias Padre bueno por tu esfuerzo en entender
que sólo soy una niña y de nada soy capaz!

Que se haga tu santa voluntad en el cielo
y de la misma forma ocurra en la tierra.
Que mi madre por favor encuentre consuelo
cuando entre sus manos el hijo amado se le muera.

Ruego de tu seno recibir el pan;
recibir el perdón por tu sangre derramar.
Corta mis manos, pues sé lo que harán.
Entiérralas lo más lejos posible del altar.

¡Perdona por favor mis ofensas al inocente!
¡Perdóname porque yo no sé si podré!
De culpa se nubla mi vista y mi mente.
No puedo mirar el alma que acabaré.

Padre nuestro me has dejado caer;
cual Caín, la fraternidad convierto en espanto.
Quiero ver esta capilla y a su cruz arder;
oír los gritos del niño, la madre y los santos.

Confieso sin lamentos que en el mal ya he caído.
Que el agua bendita se ha transformado en mi arma.
Que la pila bautismal es la tumba del niño dormido,
y tu iglesia el verdugo de otras dos difuntas almas.

¡Qué afortunados somos todos de poder
librarnos pronto de las cadenas de la fe!
¡Gracias Padre bueno por tu rebaño desatender!
¡Te agradezco hacerme niña y monstruo también!

Angélica.



Despertar

Entonces despertó,
pero sigue viendo sueños, viviendo sueños.
Todo lo siente real, pero nada es como tal.
¿Acaso en su corazón ha ocurrido una disfunción?
Atrapado en sensaciones,
tratando de sentir más que solo emociones.

Todo lo siente real, pero nada es como tal.
Solo siente que la oscuridad lo acompaña, le acaricia su rostro.
Inmóvil él se queda, aunque librarse de ella quiera.

Entonces despertó,
pero sigue viendo sueños, viviendo sueños.
La oscuridad ahora se transforma:
lo amenaza una sombra.

Todo lo siente real, pero nada es como tal.
sigue intentando moverse,
parece que la sombra lo hace contenerse.

Entonces despertó,
pero sigue viendo sueños, viviendo sueños.
La sombra es un poco traviesa;
ahora quiere entrar en su cabeza.

Todo lo siente real, pero nada es como tal.
Algo dentro de él ha cambiado,
sin embargo no puede moverse ni a un costado.

Viendo sueños, viviendo sueños.
Angustia siente, no logra de esta sombra deshacerse;
no lo puede creer, es como si lo acabaran de poseer.

Entonces despertó,
Percibe un aire que lentamente se aproxima a una herida,
una que es tan profunda que prefiere no mencionar en vida.

Todo lo siente real, pero nada es como tal.
Se llena de emociones
que en su pecho han causado convulsiones.

Entonces despertó,
pero sigue viendo sueños, viviendo sueños.
La sombra vuelve a ver y él se sigue sin poder mover.
Siente que en su corazón algo le falta,
con rapidez se sobresalta.

Entonces despertó,
pero sigue viendo sueños, viviendo sueños.
Nada se siente real, pero todo es como tal.
La oscuridad de él se ha apoderado, pero sigue inmovilizado.
Ya no hay nada que pueda hacer,
más que esperar al amanecer.

Javiera D.



El esperpento

Es una noche fría y tormentosa.
Estudio en mi habitación.
Afuera hay una lluvia ruidosa y tormentosa.
No presto atención.

El ruido es fuerte.
Rayos iluminan el cielo.
Intento concentrar mi mente.
Con estruendos me revuelo.

Mientras ceno con mi familia, la lluvia disminuye.
La cena familiar es interesante.
Mi pensamiento de estudio fluye.
Pero el no poder estudiar es estresante.

Subiendo las escaleras voy.
Al llegar a mi cuarto siento escalofríos.
Concentrado no estoy.
Mi cerebro es un desafío.

Me siento distinto.
No soy yo.
Me controla un instinto.
La sensación varió.

Como una pérdida de identidad.
Es extraño, me siento raro.
Al baño me dirijo con celeridad.
Y en el espejo veo una atrocidad.

Es una criatura deforme.
Con la piel saliente.
Ojos uniformes.
Piel repugnante.

Siento mis ojos agrandarse.
Mi cuerpo temblar.
Es agonizante.
Mi respiración se empieza a agitar.

Mis manos sudadas.
Mi estómago asqueado.
Mi mente con dudas.
¿Imposible que esté drogado?

Corro hacia abajo asustado.
Le hablo a mi familia.
Me siento ignorado.
No me miran...

Me ignoran...
Me ignoran...
Me ignoran...

Grito para llamar la atención.
Mis padres inician una conversación.
Y escucho una declaración.
Dijeron que el sacrificarme fue una abominación.

Confundido, me dirijo al baño.
Recuerdos vienen a mi mente.
Y la verdad es que fui sacrificado por mi familia hace un año.
Son unos dementes.

Mi familia es un culto.
A una persona quisieron ofrendar.
Yo fui el sepulto.
Y la víctima que decidieron dar.

Me di cuenta, no me pueden ignorar.
Fingen que no me ven.
Pero en el fondo soy yo quien los viene a acechar.
No son buenos como todos creen.

La gente no sabe qué es lo que Satán se quiere llevar.
Soy el elegido para servirle.
El primogénito, al que quería Satán raptar.
Por ambición sus pactos decidieron recibirle.



Son dichosos y afortunados.
Pero quiero vengarme.
Puedo acosarlos.
O con ellos desquitarme.

Díganme ustedes, quién es el monstruo:
Aquellos infames, o yo.

Isi Days.

De cartas y olvidos

Hay golondrinas en el jardín. O serán vencejos, creo que no sé diferenciarlos muy bien. Me gustaría salir a alimentarlos un poco, pero toda la comida lleva tiempo podrida y no podría pisar el barro aunque quisiera. El aire punzante del exterior amenaza con atravesarme como una lanza cada vez que me digno siquiera estar cerca de la puerta del vestíbulo.

A mi hermana solían gustarle las golondrinas. Era más pequeña que yo, y lo fue toda mi vida. Recuerdo haberla ayudado a construir humildes casitas con tablas para las criaturas. Nunca fueron tan endebles como esta casa ahora, sin cemento de afectos que la unan. Me tiene a mí, supongo, pero no creo estar en condiciones de dar vida a cosa alguna. La extraño, a mi hermana. Un día se recostaba en frente del calor del hogar y al siguiente daba portazos y gritaba como sólo la ira puede, la viva imagen de mi madre, aunque siempre detestó tal comparación. Debe haber sabido cuán verdad era. Pero a mí no me gritaba, nunca a mí. Los años pasaban y yo seguía siendo su querido hermano mayor, incapaz de causar mal alguno. Lamento saber que haya sido mi mano la que más lágrimas arrancó de sus ojos. No lo merecía. Mi padre tampoco, siempre tan sosegado. A mi madre haber llorado un poco más no le habría hecho mal. No estoy seguro de arrepentirme incluso ahora, pero en ese entonces eran otras las dudas que me plagaban.

Los pajaritos han abandonado su trino, y los reemplaza el crujido de las hojas secas. Pasos, acercándose. No recuerdo claramente la última vez que el picaporte fue tocado, pero chirría espectacularmente.

El olor a putrefacción y óxido debe golpearlo, pues el joven hombre en la puerta arruga la nariz y cierra sus ojos en una mueca de disgusto. No los hubiera visto de no estar justo en frente de él. Verdes, musgosos; como algo que crece donde nada más lo hará. Iguales a los de mi hermana, será uno de los suyos. Suspira pesadamente como yo había olvidado que era posible y mira hacia atrás con su cabeza ligeramente alzada, asegurándose de que la salida no ha desaparecido. Extiende la mano hacia afuera. Su acompañante es una mujer pequeña con una presencia que ahoga a la suya. Su esposa. Su cabello rojizo contrastaba perfectamente con sus rasgos angulosos, dándole un aspecto curioso. Parece encantada con la casa, nuestra casa.

—Es hermosa, Víctor, querido. ¿Cuándo fue la última vez que viniste? —pregunta sonriente.

—La verdad es que nunca había entrado a la casa, solo recuerdo haber venido luego del funeral de mi abuela, aunque claro que para ése entonces ya no vivía aquí. Sus cenizas las esparcieron en uno de aquellos árboles —señala vagamente a un lado de la casa—. No estoy seguro en cuál. Pero tienes razón, es hermosa. Y es nuestra —dice besando suavemente su sien.

—Lo será aún más en cuanto limpiemos un poco —su mirada se torna triste—. Parece atrapada en el tiempo. ¿Desde cuándo llevará la comida aquí?

—Imagino que desde que mi abuela y sus padres se fueron, cuando era niña —se encoge de hombros, mirando los muebles desgastados, los cojines desordenados reposando sobre los sillones, como si en cualquier momento los dueños fueran a volver.

Recordaba los inviernos de cuando era un niño, a su abuela sentándolo sobre su regazo frente a la chimenea, contándole historias; falsas y verdaderas, un poco de ambas, no importaba. Víctor había sido un niño enfermizo, y las estaciones de poco sol las había pasado encerrado en su hogar, rodeado de calor y tranquilidad. Durante este tiempo su única entretenimiento había sido escuchar a su abuela, y aquel día una historia en particular no abandonaba su cabeza.

—Yo era muy joven en ese entonces, muchos dirían que ni siquiera lo suficientemente mayor como para recordarlo. Pero lo recuerdo, lo juro. Recuerdo cómo caminaba, con una pequeña cojera. Recuerdo cómo reía, aunque los otros lo olvidaron al pasar los años. Recuerdo cómo sonó su ataúd chocando con la tierra, para no moverse nunca más. Mi hermano era mucho mayor que yo, hubiera terminado sus estudios antes de que yo pudiera llorar los míos, pero no llegó a hacerlo, y mi único llanto fue para él. Recuerdo aquella noche. Él se había retirado de la mesa apurado, con el pretexto de tener cartas que escribir para sus amigos de la escuela, las enviaría por la mañana. Mentiroso; era un mentiroso, yo lo había visto partir hacia la oficina de correos al alba con una carta estrujada en sus manos, no me había visto tejiendo cerca del fogón, pero yo lo había visto, podía jurarlo. Pero no hablé. Tal vez había olvidado enviar las otras cartas, por extraño que eso fuera. Probablemente deseaba un poco de tranquilidad, lejos de nuestras vulgares conversaciones sobre el clima y los escándalos más recientes, nunca le gustaron las habladurías. No le interesaba la vida de ninguna persona más allá de nuestro prado, jamás rumió la idea de casarse, y su rostro se oscurecía al hablar de descendencia. Y cuando los reproches burlones de mi madre y el silencio de mi padre fueron demasiado, yo también me retiré. Sólo recuerdo haber visto la luz que se colaba por debajo de su puerta. Estaba convencida de que nos había evadido, engañado. Estaba haciendo algo indebido, lo sabía, aunque esa pequeña no se podría haber imaginado qué hacía su hermano aquella noche. Debo decir que me equivoqué, querido Víctor. Mi hermano sí estaba escribiendo una carta —terminé, levemente sin aliento. Hacía mucho que no hablaba del tema.

—¿Y qué decía la carta, abuela? —dijo Víctor, moviéndose en su asiento junto al fogón.

—Me temo que no lo sé, mi vida. No era para mí, así que jamás la leí.

Yo también era una mentirosa ahora, pero no podía hablar de la carta. Ni a mi nieto ni a nadie.

El funeral de mi hermano fue discreto, carente de cualquiera que pudiera hacer preguntas a las que no habían respuestas, en una capilla diminuta, indigna de él. No fue hasta después de volver que encontré la carta. Arrugada y tirada en una esquina de su cama, todavía deshecha. Mi madre no había permitido que nadie tocara ni moviera nada, como si pretendiera atrapar la habitación para siempre en aquella noche. Habría

jurado no tener más lágrimas que derramar ni lamentos que sollozar, pero al abrirla sentí mi corazón apretarse en un esfuerzo por contener la ola de sentimiento que emanaba del papel, llenando el aire. Era apenas una carta, más como un escrito, frases juntas y revueltas en una pintura de letras, todas entonadas en su voz.

No merezco siquiera que tus ojos se posen, aunque sea por un momento, en mi mensaje. En mi mensaje no tengo más que desnudar mi alma, la que ciertamente no es digna de tu mirada. Pero tengo tu fervor en la lengua, y sé que tus ojos beberán mis desvaríos como un hombre roto lo hace a medianoche. Perdóname, te lo ruego. Me siento tan hereje como mi madre me pensó, suplicando a tus pies sin nada que ofrecerte. Nada más que mi devoción fanática, que ni mi alma corroída ni mi cuerpo debilitado pueden soportar por más tiempo. Juro que te seguiré hasta donde tu aliento nuble el aire, donde tus pasos quebranten el silencio y tu alma llore, con la sola esperanza de ser yo quien la consuele.

Arturo

Supe luego de firmar que no lograría enviarla. Había pensado me tranquilizaría plasmarme en papel, pero mi trayecto a la oficina de correos fue en vano. No me atrevía a ahogarlo con mis palabras; no podía regalarle más sufrimiento del que tendría por la mañana. Por mi parte, yo ya no necesitaba más nada. Nada que pudiera tener. Recostarme en mi cama a esperar, el frío colándose en mis huesos, fue la cosa más sencilla que hice.

Nunca me gustaron las cosas sencillas. Tal vez es por eso que no olvido. No, olvidar sería demasiado fácil, demasiado fácil abandonarme a una existencia eterna y difusa. El dolor del recuerdo me mantiene sobrio, el dulce aroma de la nostalgia, el hondo pozo del duelo. Pero olvidar no puedo permitirme. Lo extraño. Extraño la brisa que nos helaba más que el terror. Extraño su piel, su voz. Sus ojos como una tormenta de la cual no saldría vivo, no lo hice, supongo. No habría querido hacerlo. Sobrevivirlo hubiera significado olvidarlo; no podría olvidarlo. No podría dejar de ver su rostro esculpido mientras ella corre por la casa, encantada con cada pared y recoveco. Los ojos de él, de Víctor, la viva imagen de los míos propios, siguen sus movimientos con una adoración de la cual los míos también pecaron alguna vez. Se fijan en los cabellos ardientes, encendidos al encontrarse con el ocaso, un eco de los de él.

M.G.C.C.



Patinotas

Último día de la semana, último día para trabajar, finalmente. Cinco para las seis de la mañana me despierto ya dispuesto a comenzar mi día. Mi café con leche sin lactosa y cero de azúcar ya preparado, mi bata perfectamente planchada ayer por la noche - impecable- y mis propias herramientas a la vista ¡maravilloso!

Lamentablemente, hoy en la tarde me correspondía trabajar en la sala de urgencia pediátrica, mi lugar de menor preferencia para un viernes. Ay dios mío, ¿Cuántos niños llegarán en este día? Nunca logro predecir con exactitud.

Llego a eso de las diez menos tres de la tarde para comenzar mi jornada pediátrica, anhelando con entusiasmo escuchar las historias sin sentido de aquellos *pequeños angelitos*; de cómo se lastimaron, de cómo imaginaron que sería buena idea hacer una carrera de bicicletas por la calle a toda velocidad y de jugar esos deportes violentos que no comprendo. Dios mío, guía a estos niños por el camino de la autoconservación.

Recuerdo como si fuera ayer la vez que arribó un pequeño joven -once, doce años probablemente- con una gran herida en su rodilla. Estaba sucia, llena de barro y tenía sangre a su alrededor; él tenía los ojos llenos de lágrimas claramente tratando de actuar valientemente ante tal herida.



Cerca del hospital se encuentra un monte empinado. Muchas criaturas omiten el letrero de precaución y van a lanzarse en ¿cómo se llama este artilugio moderno? Patinos. Patinotos. Patinatas....¡Patinotas! Bueno, como decía, estos jóvenes van a lanzarse con estas patinotas inestables y muchos de ellos terminan aquí, como aquel muchacho que acabo de mencionar. Y lo recuerdo bien recordado, porque fue la primera vez que sentí empatía por uno de estos niños insolentes. La mayoría de las veces me siento indiferente cuando vienen estos niños descuidados a urgencias, sin embargo, al conversar con él me dejó desarmado; reveló algo en mí que ni siquiera yo sabía que tenía .

—¡Doctor Trujillo! Necesitamos que atienda a un joven con la rodilla herida— me había gritado Lucinda, la enfermera más anciana de la sala de urgencias, y es importante mencionar, la única a la que puedo tolerar.

—¿No está el doctor Carrillo? Tengo unos informes que rellenar— respondo sin interés. Evidentemente tratando de evadir mi nuevo compromiso, pues los informes los había terminado ya hace un cuarto de hora.

—No vino hoy, está en su Luna de miel—la veo sonreír de forma romántica, necia, a mi parecer—. Por favor doctor, su herida no parece verse bien.

—De acuerdo, está bien. ¿Dónde está el mocoso?— pregunto hastiado.

—Edificio lateral, sala quince.

Me dirijo con desgano hacia el pasillo. Al llegar me encuentro con un muchacho escuálido, flaco. Dudaba de que este tuviera 11 años, como decía en su informe, pues su cuerpo era más fino que la pasta que solía cocinar mi padre.

Asiento como forma de saludo, veo su cara de cervatillo y bajo la vista donde debía estar la lesión. Madre mía Santa María.

Consigo mantener mi expresión profesional y me dirijo al polluelo caído que tenía enfrente.

—Señor Covarrubias, ¿Dónde se encuentra su madre?— pregunto tratando de borrar la imagen de la carne abierta de su pobre pierna izquierda.

—No sé— ni siquiera pudo mirarme a la cara, tenía la vista clavada en el suelo tratando de contener su lloriqueo.

—¿Y su padre?

—No sé.

—¿Y algún familiar?

—No sé— yo no sé cómo no he perdido mis estribos todavía.

—¿Qué le ha -una arcada se atraviesa en mi garganta que impide terminar mi frase al ver nuevamente la herida-. ¿Qué le ha pasado?— que Dios me ampare en estos momentos.

—Me caí— responde sin más.

—En el pasto me imagino— asiente tímido—. En un monte, ¿No es así?

—¿Cómo sabe?—levanta la mirada intrigado. Su rostro estaba sucio, con barro, pero había huellas de lágrimas que limpiaban la tierra de su cara mientras bajaban y caían.

—Joven, usted no es el único mocoso que va a jugar por la colina con esas patinotas — lo reprendo.

—¿Patinotas? ¿No serán patinetas?—me dice confundido.

—No, estoy seguro que son patinotas.

—Mis amigos dicen que se llaman patinetas.

—Créeme niño, que son patinotas. Tus amigos están equivocados— estos jóvenes no tienen sentido de autoconservación y ya van a saber cómo se pronuncia esta compleja palabra.

En el tiempo que he hablado con él, ya deberían haber llegado las enfermeras. Me aclaro la garganta para cambiar de tema.

—Bien, al parecer voy a tener que inyectarte anestesia local yo mismo, ya que por lo visto hay falta de personal en el hospital, de nuevo— suspiro y me mira asustado—. No te angusties, solo va a doler un momento y se va a pasar— intento consolarlo, no soy muy bueno en eso.

Normalmente no tenía la necesidad de aplicar anestesia en heridas de caídas como esta, pero estoy seguro de que había divisado carne viva en ella.

Limpio la aguja y me preparo para insertarla en la piel, el pinchazo no le debería doler más que la lesión en sí.

—Listo, ya terminamos con la inyección, ¿Te dolió?

—Sí, pero no más que mi caída— Yo me lo imaginaba.

—Mientras te limpio la herida me vas a contar cómo te caíste y dónde están tus padres, ¿De acuerdo?— digo con firmeza, necesito saber qué hacer con este muchacho.

—Sí señor— contesta retraído, casi me da lástima dirigirme a él de esta manera. Inclino mi cabeza para indicar que puede partir.



—Bueno, pues estaba con mi amigo Pedro Luzdivino en el cerrito. A su hermano y a él le habían regalado unas patinotas y me dijo que podía usar una para jugar juntos en el monte, fue muy amable— y así comienza a contar.

—*Yapo* Samuel, si no nos va a pasar nada, es como una rampa pero con tierra y gusanos—dice Pedro, haciendo una mueca de asco.

—Pero es que me da un poco de miedo. Y mi mamá se puede preocupar y me puede retar —estaba tratando de buscar una excusa, de verdad que prefería no jugar a eso.

—La última vez que viste a tu mamá fue con el señor de la tabaquería y eso fue como hace dos días, estábamos juntos—me recuerda—. La otra vez no te dijo nada cuando te fuiste a dormir a mi casa sin avisarle así que no se va a preocupar por ti. ¡Vamos!— y tira de mi chaleco.

—Pero mi hermano me puede acusar.

—¿Jorge? Nunca te ha hecho caso. Tranquilo Samu estaremos bien, además que va a ser muy divertido

—Sí, creo que tienes razón— sonrío—. Vamos a jugar.

—¡Quien llegue de último es un huevo podrido!— veo que sale corriendo mientras grita; lo tengo que alcanzar.

El cerrito era empinado, muchos amigos venían a jugar también. A mí me gustaba estar aquí porque podía ver la ciudad debajo y además queda muy cerquita de mi casa. Me doy cuenta de que mi amigo me está haciendo señas para que lo siga, no estaba muy seguro de tirarme con la patineta, pero si Pedro quiere y dice que es divertido entonces debe de ser así.

—De acuerdo, tú vas primero y después yo te sigo. ¿Qué te parece?—me dice sonriendo y miro el camino hacia abajo, era muy empinado. Trago con fuerza.

—¿No te gustaría ir tú primero? Creo que tienes más ganas que yo— Pedro estaba a punto de hablar pero otro niño llegó antes de que pudiera decir algo.

—¡Pedro, Samuel! Hola chicos, ¿Se van a tirar?— era Manuel, apenas lo conocía, no me caía bien porque una vez me había dicho que mi mochila era fea.

—Samu lo iba a hacer justo ahora— veo como los dos me observan y siento mis manos sudorosas.

—Sí, pero estaba pensando que lo iba a hacer más tarde, me duele un poco el estómago— y no mentía. Siento que tengo un elefante caminando dentro de mí.

—Mmm, yo creo que eso es mentira. Tienes miedo— se ríe Pedro.

—Eso no es cierto— trato de convencerlo pero parece ser inútil.

—¡Samuel es una gallina!— de verdad que me cae mal—. Si no te tiras eres una niña.

—¡Yo no soy una niña!— digo enojado, esto es muy injusto.

—Entonces hazlo.

—¡Lo voy a hacer! Para que vean que soy valiente y no soy ninguna niña— de pronto todo mi miedo se había esfumado, y solo quería demostrarles a ellos lo equivocados que estaban.

Preparo mi patineta y veo nuevamente la colina. Doy un suspiro, apoyo mi pie y le pido a Dios que me ampare en estos momentos.

Cuando empiezo a deslizarme, puedo sentir el aire en mi cara y la adrenalina en todo mi cuerpo. Lanzo un grito de emoción, ¡Esto es muy divertido!

—¿Vieron? ¡Les dije que no era una niña- no alcanzo a terminar cuando siento una pequeña roca pasar por debajo de la rueda haciendo que me desestabilice.

Lo siguiente que sentí fue la tierra en mi rostro y rodillas y una punzada muy fuerte en mi pierna izquierda. Cerré los ojos con miedo y dolor y no pude evitar resguardar mis lágrimas ni tampoco los quejidos que salían de mi boca. No quería ponerme a llorar delante de mis amigos.

—¡Oigan, ayuda! ¡Necesito ayuda vengan!— trato de gritar y me reprendo a mí mismo cuando mi voz sale temblorosa.

Cuando abro los ojos, veo a un señor gordo que parece ser un guardia viniendo a donde yo estaba, y cuando logro girar mi cabeza alcanzo a divisar a mis amigos corriendo hacia el otro lado.

—¡Corre Pedro que no te atrape!— es lo único que puedo escuchar de ellos.

—¿Hace cuánto que conoces a ese muchacho Luzdivino, perdón?— estaba bastante sorprendido y levemente preocupado por el niño que tenía delante mío.

—Mmm, hace unos tres años. Se había mudado al lado de mi casa y fui a darle la bienvenida— mira sus manos y juega con sus pies.

Yo continuaba con la tarea de limpiar su pierna y la herida de manera suave. Al parecer ya había gastado cuatro trozos de gasa en solo quitar el barro y sangre de su alrededor.

—Entonces, ¿no sabes dónde está tu madre?— niega—. ¿Y tu padre?

—Se fue de viaje hace un tiempo , dijo que volvería pero se ha tardado mucho.

—Dios mío, ¿Tu hermano está en tu casa?

—Puede ser.

—¿Cómo que “puede ser”?— ¿Qué nadie cuida al pobre niño?

—Es que Jorge a veces se queda en la casa y a veces no. Entonces puede ser que esté, ya que lo vi hoy en la mañana pero nunca se sabe porque puede irse de nuevo en cualquier momento. A lo mejor ya se ha ido— me mira pensativo.

Asiento mientras empiezo a desinfectar la herida. Esta lesión necesitaba tener curación cada ocho horas más unos antibióticos que había que suministrarle cada tanto. Nadie iba a hacer eso por él.

De pronto, una idea absurda y sin sentido vino a mi mente. Quizá lo pueda recibir un par de días en mi domicilio. ¿En qué estoy pensando? Yo, Fulgencio Trujillo ¿Cuidar a un niño? Tengo que estar muy cansado ya.

Pero o si no, ¿Quién lo va a ayudar? Debo de tener un poco de corazón en alguna parte de mi ser. Es solo un niño, un niño bien flacucho por cierto, no se merece esto.

Me quedo en silencio unos cinco minutos mientras debato si lo que me he planteado es efectivamente imprudente o solamente es la primera vez que siento pena por un niño como él, y que tengo el deber de ayudarlo lo más posible. Pero no sé por qué.

—¿Estás seguro de que no tienes otro familiar al que acudir?—pregunto con mi última esperanza de erradicar esta idea intrusiva que se ha apoderado de mí. Y como era de esperar, asiente.

Termino de vendar su pierna.

—De acuerdo, Samuel, esta lesión que has tenido va a necesitar de atención continua por lo menos los dos primeros días y como al parecer no cuentas con ningún adulto responsable que te ayude en estos momentos, estaba pensando en que te podría acoger en mi residencia por un tiempo— intento ser lo más cauteloso posible cuando digo esto, veo que me mira con lo que puedo percibir como sorpresa—. Trata de meditarlo unos minutos mientras voy a buscar tus medicamentos.

Camino rápidamente fuera de la sala, tratando de escapar de lo que acabo de decir. Todavía no logro procesar lo que he hecho pero intento concentrarme en conseguir la medicina para el niño. Traigo dos cajas conmigo y escribo la receta para pasarlo al pabellón. Tardo un poco más de lo necesario para volver, pero cuando lo hago, veo al muchacho inesperadamente tranquilo.

—¿Ya tomaste alguna decisión?— pregunto logrando con éxito mantener mi voz serena.

—Sí, me gustaría ir con usted unos días si no le molesta. Realmente no sé si habrá alguien en mi casa si regreso.

—Espléndido, entonces tendré que ordenar la habitación para invitados— logro mostrar una pequeña sonrisa y él me la devuelve de la misma manera—. Aún me faltan unos treinta minutos de turno, entonces ¿Por qué no vas a la sala de niños a descansar? Tienen libros y hojas para colorear— asiente y se levanta con cuidado. Lo ayudo a estabilizarse y le señalo dónde se encuentra la sala.

Cuando se va, me permito soltar un gran suspiro. Me sentía diferente, un sentimiento desconocido habitaba en mí, pero no me incomodaba, todo lo contrario; Era simple, suave y hacía que una sonrisa se posara fácilmente en mi rostro.

Ya habían pasado cinco días desde el encuentro en el hospital, Samuel se veía en una buena recuperación y cada vez me hacía más cercano a él. He descubierto que es un niño inteligente y conversador. Es respetuoso y al igual que yo, necesitaba a alguien que lo acompañara. Me ha comentado que su próximo cumpleaños es en una semana, entonces le ofrecí quedarse más tiempo a lo que me respondió con mucha emoción que sí quería. Puede que cinco días no sean muchos pero he estado planteándome pedir su custodia.

Era lunes y apenas unos días atrás había sido su cumpleaños. Su herida sanó exitosamente luego de un buen tiempo de recuperación. Después de reflexionarlo, le planteé la posibilidad de vivir conmigo por un tiempo más prolongado. Había olvidado lo reconfortante que puede ser un abrazo. Pasado mañana tenía programada una reunión con mi abogado para iniciar el proceso de adopción.

Es por eso que recuerdo muy bien el día en que conocí a mi Samuel. Él dejó una marca en mí que nunca se ha ido y finalmente, se convirtió en mi primer hijo. Han pasado unos cinco años; ahora es un joven grande y fuerte, pero siempre será mi niño querido.

Recordar esto hizo que mi cansancio y hastío disminuyeran al tener que trabajar en la sala de urgencia pediátrica un viernes. Bueno, quizá no mucho. No alcanzo a ordenar mis cosas cuando llega Lucinda, con prisa.

—¡Doctor Trujillo! Qué bueno que llega usted. El Doctor Jaramillo no ha venido hoy día y tenemos falta de personal— me dice de manera veloz, como si la pobre no tuviera mucho tiempo y así parece ser.

—Está bien, ¿A quién necesita que atienda?— suspiro. Planeaba quedarme rellenando informes pero mi buena suerte resulta ser escasa.

—Es una niña, con una gran herida en el codo al parecer. Edificio lateral, sala veinticinco.

Al llegar me encuentro con una pequeña jovencita, con dos coletas desordenadas y llena de barro. Una gran herida se puede presenciar en su brazo, estaba llena de sangre y tierra, se notaba que era profunda. Subo mi mirada a su rostro de manera apresurada.

—Señorita Contreras, ¿Qué le ha -una arcada se atraviesa en mi garganta, la que impide terminar mi frase al ver nuevamente su brazo- ¿Qué le ha pasado?— Madre Santa.

—Me caí— dice mirando al suelo. Podía notar como sus lágrimas caían sin parar.

—En el pasto al parecer— ella asiente—. En un monte, ¿Me equivoco?

—¿Cómo sabe usted?— pregunta intrigada.

—Niña, usted definitivamente no es la única que va a jugar al monte con esos patinos—
le reprocho.

—¿No serán patines?

Trini Martínez.

Independencia

08/septiembre/2024



Se ha terminado la exitosa serie de televisión "Independencia" y -con un increíble final- muchos quedamos viudos de tan emocionante temporada. Somos varios los que todavía no creemos el final que obtuvieron nuestros tan queridos personajes, porque ¿cómo es posible que, el que en un principio no era más que un guacho (término ocupado en la serie para referirse al hecho de no tener padre) un marginado con ideas independentistas, termina siendo el director supremo de Chile? Este es el caso del querido personaje O'Higgins. Y por otro lado, ¿cómo es que el reconocido joven de alta sociedad José Miguel (porque todos en un principio creímos que sería quien quedaría como el gran héroe de Chile) termina desterrado y finalmente fusilado? Esta última temporada no hizo más que tener increíbles giros en la trama y escenas que nos dejaron con los pelos de punta.

Luego de la primera temporada, muchos temíamos que esta segunda y última entrega, no estuviera a la altura, luego del complicado giro de trama el final de la temporada pasada, en el que sin mucha justificación narrativa, el rey "mágicamente" es liberado de su secuestrador y vuelve a tomar el poder de sus colonias (entre esas Chile), provocando un retroceso en todo lo que nuestros protagonistas habían logrado avanzar en búsqueda de su independencia, lo que a mi parecer fue una estrategia algo rápida para agregar una temporada más, dado el éxito televisivo de la serie. Sin embargo, terminó siendo una de las mejores que he visto: ahora los independentistas no sólo se enfrentaban a las pequeñas tropas realistas, sino a su nuevo y mejorado ejército: los "Talaveras de la Reina", quienes al mando de Vicente San Bruno (un personaje de poca relevancia durante la primera temporada) toman detenido a todo aquel que tuviera algo que ver con la causa independentista, cobrando altas multas o exiliándolos a la isla Juan Fernández por sus actos contra la corona.

Un personaje que tuvo un gran giro esta temporada fue José Miguel Carrera, quien en la primera entrega parecía ser el gran héroe para Chile, un chico joven de buena familia, que tan solo

con 23 años se toma el "gobierno" de Chile (si así se le puede llamar) tras dos golpes de estado, en el que durante el segundo se instaura una dictadura militar que escribe una nueva constitución, todo esto junto a sus dos hermanos. Pero he de decir que me parece completamente ridícula. Es decir, si Carrera tiene tantas ganas de independizarse de los españoles ¿Tenía que hacer una de las constituciones más tibias que he escuchado? ¿Me están diciendo que uno de los personajes más impulsivos y arrebatados de la serie simplemente saca una palabra a la religión del país e inválida cualquier decreto que venga de fuera de Chile? Y por si eso fuera poco ¿le sigue guardando soberanía al rey? no es por nada, pero me parece que los guionistas pudieron ingeniárselas un poquito más. Yo entiendo que estos sean tan solo los primeros pasos de la independencia, pero no me calza con el personaje de José Miguel.

Y aunque Carrera fue un gran y querido protagonista en la primera temporada, ya que a pesar de su decepcionante constitución realiza grandes obras para Chile y en especial para sus ciudadanos (como el "Instituto Nacional", el primer periódico y la Biblioteca Nacional, organiza policías y juntas de gobierno, entre otras cosas), todas terminan siendo clausuradas luego de la llegada de los Talaveras, finalmente a muchos nos decepcionó su cobardía al dejar abandonado a O'Higgins y sus tropas en la batalla de Rancagua (último capítulo de la primera temporada), la que termina tan mal, que durante el resto de la serie los personajes se refieren a esta como el "desastre de Rancagua". Y es que ¿cómo no? si ese fue uno de los capítulos más tristes de la primera entrega, con la muerte de muchos personajes secundarios y el definitivo quiebre en la relación entre Carrera y O'Higgins, cosa que marca la pauta de esta segunda parte.

Es en esta misma entrega en la que Bernardo O'Higgins deja de estar en las sombras de Carrera y toma las riendas de la serie. Y esto no lo digo de forma metafórica, ya que tras una primera temporada donde Bernardo a pesar de ser un gran independentista y fuerte líder, vive en las sombras de Carrera y cede más de una vez para cumplir los caprichos de su comandante para mantener la "fiesta en paz". Es como si ahora se intercambiaran los roles, ya que es en esta segunda parte, en la que luego de la decepcionante actuación de José Miguel, nuestro protagonista decide tomar las riendas de la causa independentista junto a San Martín (un general del país vecino) y la "Logia a Lautaro", una organización secreta que junta a varios "rebeldes" de otras colonias de realistas, a la que le

niegan el acceso a Carrera, lo que provoca que este se vaya a otro país en busca de tropas y armamento, hecho que no termina muy bien, ya que llega demasiado tarde y la independencia ya está lograda.

Los últimos capítulos de esta increíble serie son un completo deleite, con grandes escenas de acción donde la tensión nos carcome sin saber si los rebeldes lo podrán lograr. Sin embargo, un detalle que me pareció de pésimo gusto por parte de los directores, fue la ausencia de O'Higgins en la "batalla de Maipú". Puedo entender que el actor tenga complicaciones para hacer la escena, pero creo que salir con una excusa tan barata como un disparo en el brazo no es justificación suficiente como para dejarlo fuera de tan importante batalla (la que marca la independencia de su país). Siendo un personaje a quien vimos en situaciones mucho más complicadas, me parece difícil pensar que eso lo limitara, aunque he de reconocer que la escena del abrazo entre San Martín y O'Higgins fue completamente conmovedora, seguida del ascenso del "guacho Riquelme" como director supremo de Chile y la caída de los grandes Carrera siendo fusilados y cobrándole los costos a su padre (golpe bajo para la reconocida familia). Escenas dignas de un Oscar.

Otra cosa que no puedo pasar por alto fueron las increíbles subtramas de la segunda temporada, destacando especialmente la de Javiera Carrera y Manuel Rodríguez. Para mí la más icónica de la familia Carrera fue doña Javiera, uno de los pocos personajes femeninos en la serie que recibió algo de protagonismo en la trama. Un personaje audaz, una mujer decidida, apasionada, con la falda bien puesta: ella era una de las pocas que lograba contener a sus arrebatados hermanos. Durante la primera temporada destaca por la realización de los símbolos patrios, su participación en eventos sociales (donde me gustaría resaltar el excelente trabajo del director de escenografía) y por supuesto su papel de mediadora entre sus hermanos. Pero es más hacia el fin de la primera entrega donde asume un papel realmente activo en la lucha independentista, escondiendo a militares y cargas de armamento en su casa, decidiendo seguir los pasos de sus hermanos y dirigiéndose al país vecino dejando a su esposo e hijos en Chile, acto impensado para una mujer de bien como nos recalcan en la serie. Una pena que el desenlace de su historia no fue mejor que el de sus hermanos, pues en su última escena jura no volver a Chile mientras gobierne O'Higgins a quien culpa por el destino de su familia.

Por otra parte, también destaco la atrapante trama referida a Manuel Rodríguez, quien en la primera temporada no era más que un pequeño personaje, un político amigo de Carrera. Su participación no fue especialmente relevante. Pero es ahora donde su figura pasa a ser una de las más interesantes de la serie, porque en su rol de "agente secreto" o guerrillero, podemos verlo envuelto en enredadas aventuras. Manuel Rodríguez se vuelve un personaje clave en la lucha independentista, ya que mientras el resto de los personajes centrales de encontraban al otro lado de la cordillera escondiéndose de los realistas y organizándose junto a San Martín para atacar, Rodríguez iba y venía cruzando la cordillera de un lado a otro llevando el desorden a las tropas realistas y trayendo información clave a los patriotas, todo mientras organizaba a algunos civiles en la capital para atacar desde adentro. Aunque por momentos sus aventuras podrían llegar a parecer algo descabelladas y exageradas, le agrega esa cuota de dinamismo y por momentos comedia a la serie; un ejemplo perfecto de esto es el capítulo en el que Rodríguez recibe a un gobernador realista y se hace pasar por aliado de la Corona, asegurando que todo independentista ya está fuera de Chile y no representa peligro para la Corona. Definitivamente Manuel Rodríguez fue uno de los personajes que se llevó el amor del público en esta temporada.

Finalmente y para todos aquellos que nos quedamos con ganas de saber qué pasará luego de la independencia de este ficticio país "Chile" y para la felicidad de los fans de la serie, puedo decir que se han estado escuchando rumores de fuentes muy cercanas a los productores de "Independencia", la posibilidad de un spin-off de la serie. Aún no se sabe con certeza cuál será la trama, pero se cree que se tratará de la consolidación de Chile como nación, más centrada en el pueblo y su adaptación al nuevo sistema. ¿Qué pasará con O'Higgins como director supremo? ¿Los realistas volverán a vengarse? ¿o acaso ahora tendrán nuevos desafíos a los cuales enfrentarse? Sea lo que sea, definitivamente somos muchos los que esperamos con emoción que confirmen este spin-off para disfrutar de más contenido de esta atrapante e innovadora serie.

Fran S.



La pesadilla americana

8 SEP 2024 - 17:00 CLST

Como Sísifo empujando su roca cerro arriba cada mañana, el conocido (y para algunos infame) director y productor George Washington, al parecer aún no ha desistido en su esfuerzo por entregarle a la audiencia "el más ambicioso universo cinematográfico de la historia", según sus propias palabras. Por lo visto todavía no se ha dado cuenta de lo absurdo de su propuesta, o genuinamente siente una pasión por sumar títulos extravagantes y admitidamente algo geniales a su firma, pero el caso es que este año nos trae un nuevo proyecto para sumar a su colección. Me corrijo pues; esto no es como en el mito griego. Este hombre carga su roca de manera voluntaria, siempre volviendo a lo mismo. No importa cuántas veces declare haber realizado "su mejor y más revelador trabajo hasta la fecha", cada mañana encontrará aquella declaración vacía de significado. Mientras viva, su utopía audiovisual jamás estará completa, ya que se ha visto superado por un universo imaginario de hambre insaciable. No es de extrañar, pues al fin y al cabo sus propios "americanos" nunca están satisfechos.



Podríamos llamarlo un pobre diablo, pero ¿Quién es este hombre condenado a contar la ridícula pero fascinante historia de la tan bizarra nación de Estados Unidos? Washington no es una figura nueva en el mundo del cine y el espectáculo. Ya lo conocíamos por películas como "La Guerra de Secesión", tan aclamada por la crítica, "La Guerra fría", un éxito de taquilla que fue censurado en Rusia, e incluso por su incursión al cine arte con un oscuro filme llamado "La Gran Depresión", filmado de inicio a fin en un pretencioso rollo blanco y negro. Sus fanáticos (o sus más ávidos y esforzados detractores) lo recordarán también por la grotesca y controversial película de bajo presupuesto titulada "9/11", realizada en sus inicios, con los efectos especiales más groseros y baratos que me haya tocado ver en toda mi carrera como crítica televisiva. Además de eso, Washington debe ser reconocido por hacer lo que pocos directores de este rubro han intentado. Se ha atrevido a ir más allá y experimentar en diversas áreas, dirigiendo incluso un popular y transformista musical llamado "Hamilton", que a

día de hoy se ha presentado en los más prestigiosos teatros del mundo y ha recibido el más grande honor en el mundillo del espectáculo: ser copiado miles de veces.

Pero lo que hoy me trae aquí es un trabajo diferente a todo lo que George Washington nos ha ofrecido con anterioridad. Su más reciente obra maestra y fracaso a la vez. Se trata de la serie de televisión "*Sueño Americano*", que se ha robado todas las miradas con la primera tanda de episodios de su segunda temporada, la cual puede verse vía *streaming*, mientras esperamos el lanzamiento del resto de sus capítulos.

Para tener un poco de contexto, la primera temporada de la serie se sitúa en los Estados Unidos de América, nación que a pesar de encarnar los peores aspectos de la especie humana, se autodenomina como el mejor país del mundo. Tal es el egocentrismo de sus ciudadanos, que a pesar de vivir en una pequeña porción del vasto continente de las Américas, que acoge a cientos de otros países, pueblos y personas ciertamente más conectadas con la identidad de su tierra, los habitantes de Estados Unidos deciden llamarse a sí mismos como los únicos y verdaderos americanos. Déjenme decirles que este injusto gentilicio es solo la punta del iceberg del descaro que este país es capaz de lograr.

La trama se desarrolla en torno a las elecciones presidenciales del año 2020, en las cuales se batieron a duelo el presidente de turno Donald Trump, en busca de la reelección, con el ex senador y ex vicepresidente de la república Joe Biden. Y aquí viene mi primer problema. ¿Por qué, en el país que se jacta de ser la tierra de la democracia y los libres, de la libertad de expresión y el progreso, tiene solo dos partidos políticos? Lo reconozco, en algún momento se nos explica que la política estadounidense se subdivide en muchos otros partidos (tan irrelevantes que no puedo nombrar ninguno), pero son finalmente siempre la coalición Republicana y la coalición Demócrata las que llegan al poder; las que se persiguen como gato y ratón para alcanzar el poder. Para mí, esta deficiencia narrativa de Washington traiciona la supuesta complejidad de la política de su universo, y esto es algo que vengo advirtiendo desde que pude ver la película "*Guerra Fría*". Son siempre los mismos hombres blancos (quizás de ahí viene el nombre del palacio de gobierno, tan originalmente bautizado como la "Casa Blanca") y ricos al poder, excepto quizás por Barak Obama; presidente incorporado seguramente para contentar a la audiencia que ansiaba un político negro, porque la verdad es que de marginado tiene poco y nada. Lo único que los

diferencia unos de otros es el color de su bandera, porque pareciera ser que ninguno lucha realmente por los ideales que promete ni gobierna en función de sus ciudadanos. No sé si el director olvidó que el rojo era el color de los tan odiados comunistas, pero ahora parece que la ultraderecha no tiene ningún problema en apropiárselo.

Eso sí, reconozco con pesar que la propuesta visual del azul y el rojo es admirable. Es una manera de darnos cuenta de los contrastes entre republicanos y demócratas desde algo tan simple como los colores. No puedo negar que es un recurso efectivo para mostrar el tanteo electoral previo a las elecciones, y para entender las estrategias políticas de cada candidato. Ese gran mapa de Estados Unidos mantiene al espectador siempre al borde del asiento ¿Será que Arizona se tiñe de rojo o elige la vía demócrata? ¿Podrá Trump conquistar a Carolina del Norte? ¿Hacia dónde se inclinan los "estados claves"? Eso es algo que Washington desarrolla a lo largo de toda la temporada de manera exitosa, manteniendo la intriga e incertidumbre sobre cuál es el verdadero candidato que lleva la delantera.

Ya desde el inicio de la temporada, se va gestando en Estados Unidos un clima político turbulento y complejo, que se extiende a todas las esferas de la vida de los americanos. En primer lugar, resulta que el mundo se ha sumido en una pandemia mundial que ha logrado sortear incluso los más grandes avances de la medicina, y que termina por encerrar a todo el mundo en sus casas. Me parece que este es un recurso sumamente inverosímil, pero le doy a Washington un punto, ya que por lo menos se le da un trato consistente; desde un principio los americanos ignoran cualquier riesgo sanitario, respetando su egoísmo de siempre. Ni siquiera el presidente Trump reconoce el virus como una amenaza, lo que le juega una mala pasada cuando más adelante en la temporada, cae enfermo. La pandemia es usada también como herramienta para agravar las tensiones internacionales, pues todo parece indicar que su origen está en China. Una lástima para los pobres personajes asiáticos que se convierten en el chivo expiatorio de básicamente todos los problemas que pesan sobre Estados Unidos en aquel momento.

Sobre esto es que luego se desata una ola de acontecimientos que no le permiten a uno despegar la vista de la pantalla en ningún momento. Primero, el conflicto racial que Washington nos viene presentando desde "*Guerra de Secesión*" toma una nueva dirección luego del brutal asesinato de George Floyd, personaje que muere a manos de un oficial de policía,

tras ser asfixiado por más de 8 minutos. Con esto se desatan cientos de protestas bajo el movimiento "Black Lives Matter" y la sociedad estadounidense una vez más se polariza. A estas manifestaciones se les suma una serie de ataques cibernéticos de parte de un grupo de hackers llamado *Anonymous*, quienes lucha por exponer a los diferentes líderes mundiales. En cierto punto incluso se especula que los *hackers* tendrían su origen en Rusia, pero no es mayormente relevante para la trama, pues existen mayores problemas de los que preocuparse. Tal es el nivel de caos en el país, que el presidente Trump debe recurrir a refugiarse en la Casa Blanca, la que por primera vez en todo el universo cinematográfico de Washington apaga las luces, quedando completamente a oscuras.

Después de esto hay una seguidilla de episodios poco memorables en los que se llama a la ciudadanía a votar por correo ante las limitaciones de la pandemia, y al parecer no hay nada más interesante que una mosca posándose sobre la cabeza del vicepresidente Mike Pence durante un debate presidencial (anécdota con la que los medios de comunicación de esta ficción festinan). Una pérdida de tiempo, antes de llegar a la locura que es el final de temporada. Resulta que en menos de 5 minutos se nos da a conocer el triunfo del demócrata Joe Biden (quien queda totalmente opacado por las excentricidades de su contrincante), como si no fuera el desenlace que llevamos esperando desde el capítulo 1. Resulta irónico, pues en otras circunstancias lo más probable es que Biden jamás lo hubiese logrado. Es un político cualquiera, beneficiado únicamente por ser menos malo que el personaje que encarna Trump, y por la decisión de los ciudadanos de sacar al republicano del poder. Soy capaz de excusar esto únicamente por el último episodio, que me parece de lo mejor de la serie, y del trabajo de George Washington en general.

Las cosas se dan así: tal es la arrogancia de Donald Trump que se niega tajantemente a aceptar la derrota y en una suerte de intento de golpe de estado, abusa de sus facultades presidenciales para intentar desacreditar los resultados electorales. La guinda de la torta se la llevan los últimos 20 minutos del capítulo, con un teatral asalto al Capitolio por parte de sus simpatizantes republicanos, quienes irrumpen en el Congreso para evitar la consolidación del triunfo de Biden. La secuencia, si bien se asemeja a una película de acción, es tratada con una delicadeza impropia para Washington. La banda sonora, los efectos especiales y las subtramas de este final de temporada casi me hacen reconsiderar mis duros juicios hacia "*Sueño Americano*" y su director. Casi.

De lo que tenemos hasta el momento de la segunda temporada sólo puedo decir que me parece demasiado conveniente y poco arriesgada. La temporada trata, nuevamente, de las elecciones en Estados Unidos, solo que ahora nos situamos en el año 2024 en el que -¡oh, sorpresa!- los candidatos son una vez más Donald Trump y Joe Biden. Si bien es interesante ver sus roles invertidos (ahora es Biden quien lucha por la reelección, tal como hizo Trump en la primera entrega), es repetitivo para el espectador tener siempre a las mismas caras en pantalla. Si quisiera ver a los mismos políticos seniles de siempre, solo haría falta sintonizar un minuto las noticias; no es lo que espero ver en una serie que pretende ser 'vanguardista'. En fin, por lo visto los cuatro años de separación entre la segunda temporada y la primera, han sido suficientes para succionar a Biden toda lucidez y jovialidad e insuflar la peluca fosforescente de Trump con aún más irracionalidad y locura. Los candidatos que Washington le ofrece al "mejor país del mundo" son nada más ni nada menos que un dinosaurio y un "cheeto" descolorido. Un anciano senil y otro desquiciado.

Ver los debates presidenciales -un clásico de "*Sueño americano*" en este punto- es francamente triste. Biden, irreconocible y distante de aquella figura fuerte y envalentonada de la primera temporada, intenta hacer frente al descaro de Trump, quien se cree el rey de la moral como si no hubiese sido declarado culpable de 34 cargos por delitos graves. Entre ellos encontramos numerosos casos de fraude, conspiración en contra de la democracia e incluso abuso sexual, habiendo uno de los nuevos capítulos dedicado casi exclusivamente a este tema. Puedo decir que lo más destacable de esta parte de la temporada (que resulta un circo televisivo), es el desempeño del actor de Biden, pues realmente parece un abuelo en camino a ser internado en un geriátrico. En este punto ya queda claro: la tierra de los libres parece estar condenada a tener un mal gobierno. Así pues, todo resulta deprimente sin una justificación narrativa para ello: es simplemente una colección de capítulos aburridos, ya que al parecer eso es sinónimo de seriedad.

Es quizás por el contraste entre el principio y el final de esta segunda temporada, que el último episodio me hace recuperar un poco la esperanza. Me lleva a pensar que George Washington necesita hacer algo aburrido para dar con un final que lo compense. En mi opinión, este director sólo logra hacer algo apenas decente como para mantener mi curiosidad y seguir sintonizando su trabajo, de manera que jamás entenderé a sus aduladores o a quienes lo consideran un visionario. Es

únicamente menos mediocre de lo que uno esperaría que fuese; un poco mejor de lo malo que nos ha demostrado que puede llegar a ser.

El caso es que este último episodio es por ahora lo que salva la temporada, a diferencia de la primera entrega que por lo menos tenía momentos para reírse un poco. Sucede que durante la gira presidencial de Trump, este se salva por poco de un intento de asesinato al más puro estilo americano, pues es un recurso recurrente en el universo de Estados Unidos. De hecho, esto marcaría el decimoséptimo intento de asesinato presidencial en la filmografía de Washington. La bala, disparada irónicamente por un joven republicano registrado, roza apenas la oreja de Trump, pero nos brinda unas escenas de alto impacto. Mientras la sangre corre por su barbilla y levanta el puño, uno como espectador siente la exaltación republicana de inmediato. Cualquier esperanza en el triunfo de Biden desaparece con esa bala fallida. A este anciano no le queda otra opción que retirar su candidatura una semana después del disparo.

Y entonces, resurge un personaje tan fundamental en la primera temporada, que ni siquiera se me ocurrió mencionarla: la vicepresidenta demócrata Kamala Harris. Ella es el estereotipo de la política moderna y "woke" para los americanos; de aquello políticamente correcto y progresista. ¿Cuándo se había visto antes en Estados Unidos a una mujer de color como verdadera candidata a la presidencia, e incluso como símbolo de esperanza? Los personajes de Washington siempre han sido estereotípicos, pero Kamala se lleva el premio. Es, por donde se la mire, el polo opuesto de Trump. Esto claro, si estamos dispuestos a olvidar que las figuras de poder en este universo suelen ser más similares entre sí de lo que les gustaría admitir.

Podríamos analizar por horas las implicancias de este episodio para el futuro de la serie, pero lo cierto es que la temporada todavía no termina, y queda abierta a la interpretación acerca de cuales podrían ser los posibles finales. ¿Logrará Trump volver a la Casa Blanca? ¿Tendrá Estados Unidos a su primera presidenta mujer? ¿Nos cansaremos finalmente de ver este sinsentido televisivo? Habrá que esperar para saber. En lo personal, considero que "*Sueño Americano*" es una oportunidad perdida. Solo hace falta verla para entender que es una comedia disfrazada de drama, un circo que se toma demasiado seriamente a sí mismo. En fin, las excentricidades de Washington (como ponerle su propio apellido a la capital de

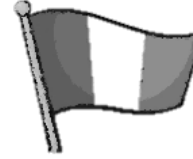
su nación ficticia) no dejarán nunca de sorprendernos y quizás los 'americanos' no dejen tampoco nunca de decepcionarnos, pero eso es justamente lo que mantendrá por siempre vivo su legado. Pues por más absurdo que parezca, nada de esto está tan alejado de la realidad como puede parecer; todo lo que plantea este universo podría suceder. Y eso es lo genial. Seguir a Washington es vivir siempre con el miedo, en un rincón de la cabeza, de que si nos descuidamos un poco y dejamos a la civilización occidental irse por el mal camino, nuestros países también podrían terminar como Estados Unidos. ¡Y qué mayor tragedia habría que convertirnos nosotros mismos en americanos! Eso, es algo que solo a George Washington podría ocurrírsele.



Angélica.

Liberté, Égalité, Fraternité

24 de abril, 2024



¡Noticia de último minuto! La serie ganadora de 3 premios Emmy's incluida a Mejor Serie de Drama en 2023, "Liberté, Égalité, Fraternité" estrenará nueva temporada ¿para qué?, honestamente, no lo sé. No digo que sea una mala serie, al contrario, opino que ha sido una de las mejores entregas que nos ha dado la televisión en estos últimos años, con 3 temporadas llenas de intriga, giros inesperados y personajes memorables, pero aun así ¿era necesaria una cuarta?

Para esta nueva temporada quieren seguir con la historia y contar acerca del gran imperio de Napoleón, cosa que encuentro innecesaria de incluir en la serie, ya que al fin y al cabo nos relata la caída de la monarquía francesa en 1789, debido a la mítica Revolución francesa y de cómo las personas comienzan a sentirse empoderadas y con la esperanza de transformar el sistema político y social. Desafortunadamente, este imperio tomó bandos políticos que generaron guerras nacionales y mucha violencia.

Aunque haya pasado más de un siglo desde este terrible suceso, el famoso director Martin Scorsese nos mostró a través de una serie televisiva una Francia violenta, cruda, injusta, que históricamente comenzó con un gran optimismo, pero que poco destruyó lo que tenía planeado: hacer de su país uno mejor.

Recuerdo la vez que vi el capítulo 3 de la segunda temporada; La ejecución del rey Luis XVI. Sentí que estaba viviendo la verdadera ejecución, parada entre la multitud francesa y apreciando a los burgueses abucheando a quien minutos después se quedaría sin cabeza. Lloré por lo realista que se veía y aunque odiaba al personaje del rey (y lo sigo odiando), fue impactante ver su cara segundos antes de su fin.

Pero vamos en orden. La primera temporada es el comienzo del caos: campesinos y burgueses lidiando con una economía en crisis, el clero y la nobleza disfrutando de sus privilegios, todo esto durante la monarquía absoluta de Luis XVI. Dos capítulos después llega el famoso giro, la toma de la Bastilla.

Y a pesar de que conocía la historia y sabía lo que venía, aun así me tomó por sorpresa cuando vi a los revolucionarios franceses apoderándose de esta prisión estatal.

En la segunda parte surge el reinado del terror. Robespierre dirige mientras que Danton intenta detenerlo. ¿Resultado? más ejecuciones, más sangre; definitivamente la temporada más sangrienta, en las que los personajes enfrentan un dilema entre justicia y venganza, destacando los conflictos dentro del Comité de Salvación Pública. Sin duda mi temporada favorita, con un guion, actuaciones, producción y banda sonora maravillosa. Mi única crítica es haber hecho un capítulo COMPLETO sobre la vida de María Antonieta ¿Es importante este personaje? Absolutamente, pero hubiera preferido un capítulo exclusivo de Luis XVI o Robespierre, personaje clave de esta temporada, que con su paranoia y desesperación genera tal intriga al espectador, que dan ganas de seguir viendo capítulo tras capítulo.

Por último, la tercera temporada es la búsqueda del equilibrio; se logra un punto de estabilidad, incluso siendo difícil gobernar un país devastado. Todo se centra en el Directorio, un sistema de gobierno que intenta devolver el control de la nación, pero se demuestra incapaz debido a las divisiones sociales y políticas que aún siguen persistiendo. Aquí es donde llega nuestro admirado Napoleón Bonaparte, quien debido a su gran carisma y tácticas militares, le da esperanzas a un país destruido. La temporada concluye con el golpe de estado del 18 de Brumario donde el Directorio es disuelto y se toma definitivamente el poder.

Ahora vuelvo a lo que vine: esta anunciada cuarta temporada era innecesaria. Supuestamente se estrenará en el verano de 2025 y pude ver algunas imágenes del rodaje en España (no en Francia, debido a los Juegos Olímpicos). Y es innecesaria porque la serie habla de la Revolución francesa, desde el comienzo hasta su fin. Estrenando esta temporada perdería su esencia, contenida en su título: "Liberté, Égalité, Fraternité". Y tal vez sería en vano.

Cata Sepúlveda.

Darwin y el Beagle

La primera temporada de "Darwin y el Beagle" fue un verdadero hallazgo. No pude parar de verla capítulo tras capítulo, fascinada por esa mezcla de aventura y descubrimiento. Qué maravilla ver a Darwin, tan joven y lleno de curiosidad, enfrentarse al mundo con la emoción de quien lo ve por primera vez. La secuencia en la que llega a las islas Galápagos es inolvidable: Darwin explorando con asombro cada rincón, como un niño en una juguetería. El tono era perfecto, una serie que prometía grandes cosas.

Pero entonces llega la segunda temporada y, ¡qué decepción! En lugar de mostrar cómo las ideas de Darwin sacudieron las creencias de su entorno, la serie se inclina por una exagerada dramatización. Los conflictos se transforman en un desfile de multitudes enardecidas y sermones interminables, que parecen sacados de una parodia barata. La complejidad del impacto de Darwin se pierde en un melodrama sin sutileza.

La tercera temporada empeora la situación. Los rivales de Darwin se presentan como villanos sacados de un cómic, con motivaciones absurdas y actuaciones exageradas. En vez de explorar los debates serios que podrían haber enriquecido la trama, nos enfrentamos a intrigas ridículas que reducen el conflicto a algo casi burlesco. La serie no logra capturar la verdadera esencia del desafío intelectual que enfrentó el personaje.

En la cuarta temporada, la serie intenta enmendarse al enfocarse en la influencia de Darwin en la ciencia, pero el esfuerzo es desigual. Aunque aborda temas importantes sobre evolución y biología, la narrativa se siente superficial y muchas veces se pierde en escenas que no aportan mucho. Los momentos de interés son esporádicos y se ven opacados por una ejecución que no logra profundizar en el impacto real del protagonista.

La quinta temporada lleva la serie a un extremo innecesario. La representación de la muerte de Darwin se convierte en un melodrama exagerado, lleno de sentimentalismo forzado. En lugar de un cierre reflexivo y potente, el final resulta casi cómico, desentonando con el carácter de un personaje que podría haber tenido una despedida mucho más adecuada.

"Darwin y el Beagle" es una serie que, a pesar de sus altibajos y decisiones cuestionables, logra capturar esporádicamente el espíritu aventurero del personaje. Sin embargo, su inclinación por el melodrama y las caricaturas a menudo la aleja de una representación más efectiva y profunda.

Flo Saavedra.



EJERCICIO DE TEATRO COLECTIVO

Gabriela Castañeda
Angélica Coloma
Javiera Durán
Trinidad Martínez



Teresa: no apta para señoritas

ACTO FINAL

La escena se desarrolla en un limbo que puede, o no, representar la mente de TERESA. El fondo es negro y el escenario se encuentra vacío excepto por una silla cómoda en la que se encuentra sentada TERESA observando al público, y por un árbol navideño en malas condiciones a su lado, con tres esferas navideñas luchando por mantenerse colgadas. Respecto a la iluminación específica de cada personaje, a TERESA le apunta una luz neutra desde abajo, a TERESA ADULTA le sigue desde arriba una tenue luz roja y a TERESA JOVEN una amarilla.

Personajes:

TERESA: Teresa Wilms Montt es una mujer escritora chilena de clase alta, quien presenta un comportamiento depresivo y se encuentra al borde del suicidio tras nuevamente verse separada de sus hijas. Actúa desesperanzada y cree que se está volviendo loca; igualmente siente ser superior en conocimiento y experiencias respecto a las sombras que le hablan. Va vestida con prendas elegantes mal acomodadas y el pelo desarreglado.

TERESA JOVEN: Corresponde a una figura femenina, vestida con un atuendo de fiesta algo atrevido. Tiene una voz aguda y se ríe a menudo, sin entender muchas veces la actitud del resto de los personajes. Su inocencia deja ver a una mujer confiada en el futuro, y que ha vivido sin mayores sufrimientos, a diferencia de sus contrapartes. Se muestra joven, brillante e inconformista; todavía cree que puede cambiar el mundo.

TERESA ADULTA: Es una figura femenina vestida de monja. Tiene una voz fuerte y aparentemente firme, aunque por momentos se quiebra. Ve su vida como una sucesión de injusticias e intenta ocultar su pena a través de la rabia. Considera tonta a la sombra

inocente y demasiado pasiva a Teresa. Se siente estúpida por seguir amando al hombre que la encerró en un convento, aunque jamás lo admitiría.

Escena I

TERESA se encuentra en la última Nochebuena antes de su muerte; sentada sola y bebiendo. Dentro de la escena se le aparecen las figuras de TERESA JOVEN y TERESA ADULTA, sin saber si estas son efecto del alcohol u otra cosa. Mientras todo esto ocurre suena una misma melodía de piano en distintas octavas que van cambiando.

TERESA: Otro whisky, otra navidad, otra Teresa, otra vida (*ríe*). ¡Ojalá tener otra vida! Una vida libre, libre de escribir, de opinar, de sentarme con las piernas abiertas. De poder ser brillante, incomprendida, revolucionaria, pero nunca loca. Una vida de hombre. Pero cualquiera menos ésta... ¿Para qué quiero una vida que no puedo vivir?

Mientras TERESA se lamenta con la mirada hacia abajo, se aproxima desde su derecha la figura de TERESA JOVEN con aire elegante, sorprendiéndola por la espalda. A esta figura la sigue una suave luz amarilla.

TERESA JOVEN: (*interrumpiéndola*) ¡Ay pero qué latosa Teresita! (*en tono de reproche*) ¿Qué son esas ideas retrógradas? Una vida de mujer vale mucho más que una vida de hombre. Puedes hacer lo mismo que ellos y más. Tú eliges atenerte a las ataduras que te impone la sociedad. ¡Libérate mujer, libérate! Que tu cháchara me deprime.

TERESA: (*ya repuesta del sobresalto inicial*) ¿Acaso...? Ah, eres tú. No me repitas ese discurso (*suspira*) ¡Qué días aquellos en los que la ingenuidad arrastraba mi juventud! (*observa su vaso de whisky*).

Se acerca desde su izquierda TERESA ADULTA; la figura de Teresa vestida en hábito, años atrás. Se advierte una tenue luz roja que sigue sus pasos.

TERESA ADULTA: Olvidadas quedaron esas épocas de dicha y despreocupación. Intentos fueron varios en defender nuestro actuar, en justificar nuestra excentricidad creyendo que seríamos la excepción; que nos convertiríamos en la mujer libre. Y aún así estás aquí. (*señala agresivamente a su alrededor*) Sola, abandonada, ebria de pena en Navidad.

TERESA JOVEN: ¡Qué dramática eres tú también, por Dios! Deja de huevearla que se va a afligir, ¿quién no disfruta un trago en Navidad? Además esto se arregla, sólo tiene que volver a casa.

TERESA ADULTA: ¿Al claustro? (*irónicamente*).

TERESA JOVEN: ¡A casa! Con las niñas.

TERESA: (*desconsolada*) ¡Con las niñas dice! ¿No entiendes que no están? No están en casa, se las llevó.

TERESA JOVEN: ¿Qué dices? ¿quién? (*pregunta inocentemente*).

TERESA: Él. Los papás, sus abuelos. Mi familia. Nuestra familia, (*alterada*) ¡me las quitaron! ¡me las quitaron!

TERESA ADULTA: (*hacia TERESA JOVEN*) ¡Para qué preguntas eso! ¿No era yo la que la afligía?

Poco a poco, TERESA JOVEN y TERESA ADULTA se acercan al borde del escenario, dejando a TERESA en el fondo.

TERESA JOVEN: ¡¿Cómo iba a saber yo que se iba a deprimir tanto?!

TERESA ADULTA: ¡Qué sabrías tú niña tonta! Nunca te preocupas de nada. ¡Vas de fiesta en fiesta sin darte cuenta de cómo te miran!

TERESA, en el fondo de la escena, saca una botellita de su bolsillo. Inclina la cabeza y la ingiere.

TERESA JOVEN: ¡Y a ti qué te importa! ¡Total soy más feliz que tú y que ella!

TERESA ADULTA: ¡Te recuerdo jovencita, que vas a terminar igual que nosotras! (*en tono de reproche*).

TERESA JOVEN: ¡De ninguna manera! ¿Cómo puede ser esto todo lo que queda para aquella mujer que no se conforma?

Ambas miran hacia atrás donde está TERESA, quien queda iluminada por una única luz, mientras el resto se apaga. TERESA cae de su silla y la última luz se apaga con ella.

Palabras al cierre

Una confesión, querido lector: ninguna de nosotras sabía en qué se estaba metiendo al momento de enviar aquel formulario de inscripción al Taller de Literatura. Entrábamos en este mundo con curiosidad y poco más. ¿Qué es siquiera la literatura? Sería la pregunta que nos perseguiría durante el año, más aún con el conocimiento de que ninguno de los grandes escritores que nos disponíamos a leer sabía tampoco qué era precisamente aquel concepto sobre el que ellos mismos obraban. Este electivo fue un repentino empujón al territorio no descubierto de nuestras capacidades y nuestra imaginación. Muy a la ligera decimos que cada persona es un mundo, querido lector, pero no es hasta que nos quedamos en blanco frente a una hoja vacía que entendemos cómo darnos a conocer. En la confección de nuestros textos inevitablemente lograron colarse nuestros pensamientos y experiencias durante este año, en unas seis horas a la semana que en retrospectiva, se sienten escasas. El Taller de Literatura nos abrió puertas a mundos extraños y hermosos, ajenos y familiares, a los grandes nombres de la literatura y a las ideas en nuestras propias cabezas. El arte de la palabra fue algo complejo de intentar, gratificante de lograr. El encanto, precisamente, de este taller no fue más que su afán en encadenarnos a nuestras múltiples obras y obligarnos a pulirlas hasta que nuestras ideas fueran todo aquello que podían ser. Somos meramente ocho mentes cuidadosamente extrayendo pedazo a pedazo palabras, imágenes y conceptos de lugares recónditos de nuestras cabezas. El verdadero desafío no se encuentra en la activación del imaginario personal (que consideramos, tiende a estar más desarrollado de lo que uno mismo podría pensar, querido lector), sino en ingeniárselas para traducir aquel revoltijo de recuerdos y reflexiones en palabras comunes de una lengua compartida; se trata de revelar, en su justa medida, qué es lo que se encuentra en nuestro interior y que desea ser conocido. Ahora, ¿hicimos literatura? La pieza final de la obra no es más que su receptor, querido lector, la respuesta se la dejamos a usted.

Taller de Literatura de 2024



Agradecimientos

Si bien para agradecer las palabras siempre quedan cortas, no podemos terminar esta revista sin mencionar a todas las maravillosas personas que nos permitieron realizarla. Sobre ellas también se construye nuestra obra.

En principio y por supuesto, lo que le debemos a la Miss Pri es muchísimo. Como responsable de este taller, fue la encargada de abrimos nuevos horizontes y de desafiarnos con la incómoda página en blanco. Nos enseñó que si bien a veces las palabras no colaboran, eso no es motivo para quedarnos con la boca cerrada; para callar la verdad que desborda al corazón. Gracias infinitas Miss Pri. Esperamos que ésta revista, nuestra revista y también de usted, la haga estar orgullosa.

Este electivo no hubiera sido posible sin el apoyo de Sub dirección Académica y de la Sub dirección del Ciclo Superior, de la mano de la Miss Ingrid Salazar y Janne Krog respectivamente, a Miss Vale Galecio como Coordinadora del Departamento de Lenguaje y el de la ilustre biblioteca del colegio, en donde la Miss Isabel Pérez nos recibió a lo largo del año.

Y como a ratos también nos las damos de poetas, hay objetos, momentos y situaciones que no pueden quedar fuera de estos agradecimientos ¿qué es el artista sin una musa después de todo? La inspiración a veces se encuentra en lugar inesperados. Gracias al café, las galletas, la música, los amaneceres, las flores y árboles, los computadores de la biblioteca, el lápiz y papel, los desayunos de los miércoles, nuestras salas itinerantes y sombreros, así como el aire que respiramos y la sangre que corre por nuestras venas. Es también por ellas que las ideas pudieron fluir hasta decantar en el océano creativo de esta revista. Sin duda se merecen su propia oda.

Por otro lado, somos personas que se desenvuelven en un contexto cuya influencia es determinante en nuestra obra. Sin el apoyo de nuestras familias esta revista tampoco hubiera llegado a puerto. Después de todo ¿cuántas de nosotras pedíamos sus opiniones antes entregar nuestros trabajos? Confiamos en que nos seguirán apoyando en todo lo que viene y esperamos que les guste el fruto del esfuerzo en el que nos acompañaron día a día.

No podemos dejar fuera a las grandes mentes que nos acompañaron durante este año. De todas sus plumas guardamos algo. Gracias totales a Gabriela Mistral, Teresa Wilms, Edgar Allan Poe, Julio Cortázar, Truman Capote, Mariana Enríquez, Edgar Allan Poe, Oscar Wilde, Alejandro Zambra, Edgar Allan Poe, Mario Vargas Llosa, Bob Dylan, Juan Rulfo, Edgar Allan Poe, Jorge Luis Borges, Walter Benjamin, María Luisa Bombal y por último pero no menos importante, a Edgar Allan Poe. Es un honor compartir esta pasión con ustedes.

Finalmente, debemos expresar nuestra gratitud hacia nosotras mismas, hacia las compañeras en que nos convertimos a causa de la literatura. Todas participamos en la tradición casi ritual de leer y comentar los escritos del resto para poder pulirlos en conjunto. Tener invitados dentro de nuestra cabeza es intimidante, pero también una experiencia valiosísima. Es una suerte poder habernos empapado de cada una de la forma en que lo hicimos, mediante el noble arte de las palabras.